

## El libro de los gatos

Este manuscrito se encuentra en la Biblioteca Nacional de España, Madrid, (129.A. [hoy Ms. 1182]). Allí se conserva un códice en 4º escrito en papel y de letra al parecer de principios del siglo XV, intitulado Libro de los enxemplos. Las treinta y tres hojas primeras del códice contienen ejemplos morales, precedidos de un texto latino y su correspondiente traducción en verso castellano. Cada ejemplo está seguido de un pequeño cuento que ilustra la moralidad allí referida. Al folio 135 se halla una colección de apólogos y cuentos con este epígrafe: Aquí comienza el libro de los gatos, e cuenta luego un enxemplo de lo que acaesció entre el gallápago e el águilla. Este último tratado, que está incompleto hacia el fin, es anónimo como el primero, pero hay en él giros y modismos que nos recuerdan la prosa de Don Juan Manuel. El manuscrito no presenta ilustraciones, ni letras coloreadas o grandes (letra volada). Cada nuevo ejemplo aparece espaciado por dos líneas, precedido de un número y un título. La crítica más reciente ha descubierto que el manuscrito que se halla en la Bilioteca Nacional es una traducción de las Fabulae o Narrationes del escritor anglo-latino Odon de Cheriton, del siglo XIII. Encontramos una diferencia entre ambas: las moralejas que se dan en la versión española apuntan a ser obra de un escritor español.



A continuación, se presentan algunos capítulos de esta obra:

### **IX. Enxemplo del gato con el mur.**

En un monesterio habia un gato que habia muerto todos los mures del monesterio, salvo uno que era muy grand, el qual non podia tomar. Pensó el gato en su corazón en qué manera lo podria engañar que lo podiese matar; é tanto pensó en ello que acordó entre sí que se ficiese facer la corona, é que se vistiese hábito de monje, é que se asentase con los monjes á la mesa, é estonce que habria derecho del mur; é fizolo así commo lo habia pensado. El mur desque vió el gato comer con los monjes, hobo muy grand placer, é cuidó, pues el gato era entrado en religion, que dende adelante que le non faria enojo ninguno, en tal manera que se vino don mur á do los monjes estaban comiendo, é comenzó á saltar acá é allá. Estonce el gato volvió los ojos commo aquel que non tenia ya ojo á vanidad nin locura ninguna, é paró el rostro muy acorde é muy homildoso; et el mur desque vió aquello fuése llegando poco á poco, et el gato desque lo vió cabe sí, echó las uñas en él muy fuertemente, é comenzóle á apretar muy fuertemente la garganta . E dijo el mur: "¿Por qué me faces tan grand crueldad que me quieres matar, siendo monje?" Estonce dijo el gato: "Non prediques agora tanto, porque yo te deje; ca, hermano, sepas que cuando me pago só monje, é cuando me pago só calonje, é por esto fago así." Así es de muchos clérigos é de muchos ordenados en este mundo, que non pueden haber riquezas nin dignidades nin aquello que cobdician haber; estonce facen una herejía, ca fíngense de buenos é de santos, é en sus corazones son muy falsos, é muy cobdiciosos, é muy amigos del diablo, é fácese parescer al mundo tales como

ángeles; et otros ha y que se meten á ser monjes por tal que les fagan priores é obispos, et por esto fácese corona, é vístense hábitos, porque puedan tomar alguna dignidad, así como tomó el gato al mur; et maguera entiendan despues que lo han habido falsamente, por mucho que los otros prediquen que lo dejen no lo quieren dejar. En esta manera el araña fila sus telas, é ordida su trama, consúmese toda por tomar una mosca, et despues que la ha tomada, viene un viento é lleva la tela é la araña é la mosca. Así es de muchos clérigos escolares, que van á la corte á veces desnudos, é con grandes calenturas, é frios, é nieves, por muchos montes, por valles, é trabajando mucho, quebrantando sus carnes é sus cuerpos por cobrar algun beneficio, et despues viene la muerte é llévalo todo.

### **XXXVII. Exemplo del leon con el gato.**

Una vegada convidó el leon á todas las animalias á comer, é convidó al gato que era su amigo é era hombre muy honrado, é preguntó el leon que de qué vianda comia mas de grado, é él respondió: "Ratos é mures." E pensó el leon que pues el gato se pagaba dello, que les daria comer de aquella vianda á todos los otros; así que fizo traer muchos manjares de ratos é de mures, é el gato comió muy bien dellos, mas todos los otros comenzaron á murmurar é fablar entre sí: "¿Qué es esto que nos da á comer?" Et por esto fué el ayantar menospreciado é abiltado. Así es de muchos que facen muchos convites, é acaéscelos que convidan algunos gatos, que se entienden por algunos hombres que non se pagan de ningun placer sinon de decir algunas suciedades por haber la gracia de algunos, ó por llevar algo que les pluga, ó non facer aquella grand fiesta, é uso así facer fasta la muerte, et por tal que se pueden en este mundo embeodar é hinchir los vientres de vianda é en suciedades é en pecados, dan las ánimas á los diablos.

### **XL. Exemplo de la gulpeja con el gato.**

La gulpeja una vegada iba por un camino é encontró al gato é díjole: "Amigo, ¿cuántas maestrías sabes?" E respondió el gato: "Non sé sinon una." E dijo la gulpeja: "¿Cuál?" Dijo el gato: "Cuando los canes me van por alcanzar súbome en los árboles altos." Et dijo el gato á la gulpeja: "¿E tú cuántas sabes?" Dijo la gulpeja: "Diez y siete, é aun tengo un saco lleno, é si quisieres ven conmigo é mostrarte-he todas mis maestrías, que los canes non te puedan tomar." Et al gato plúgole mucho é otorgógelo é fuéronse amos en uno. Ellos de que se fuéron oyeron los ladridos de los perros é de los cazadores, é dijo el gato: "Amigo, oyo los perros é he grand miedo que nos alcancen." Et dijo la gulpeja: "Non quieras haber miedo, ca yo te amostraré muy bien cómo puedas escapar de ellos." E ellos fablando, íbanse acercando los canes é los cazadores. "Ciertamente, dijo el gato, non quiero ir mas contigo, mas quiero usar de mi arte." Estonce el gato saltó en un árbol, é los canes que vieron estar el gato en el árbol, dejáronle é fueron en pos de la gulpeja, é siguiéronla tanto fasta que la alcanzaron, é el un perro por las piernas, é el otro por el espinazo, é el otro por la cabeza, comenzáronla de despedazar. Estonce comenzó dar voces el gato que estaba en el alto: "Gulpeja, abre tu saco de todas tus maestrías, ca non te valdrán nada." Por el gato se entiende los simples é los buenos que non saben usar sinon de verdad, é de servir á Dios é facer obras para sobir al cielo. Et

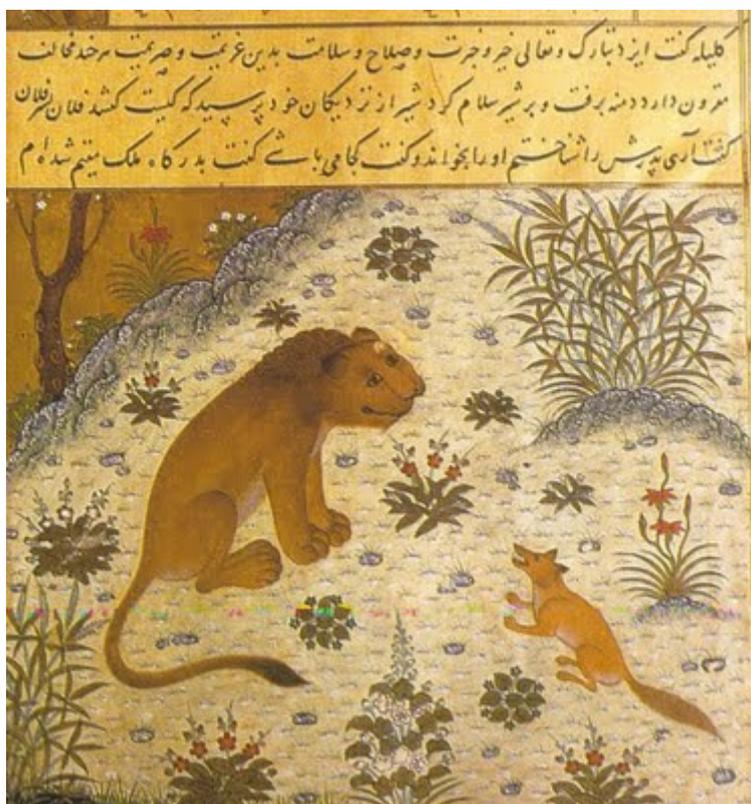
por la gulpeja se entiende los voceros é los abogados, ó los otros hommes de mala verdad que saben facer diez y siete engaños é mas un saco lleno, et despues viene la muerte que lieva á todos, tan bien á justos commo á pecadores. El hombre justo salta en el árbol que se entiende por los cielos, é los engañosos é los malos son tomados de los diablos é llevados á los infiernos. Estonce puede decir el justo: "Gulpeja, gulpeja, abre el costal con todos tus engaños; non te podrian guarescer de los diablos." Dice Jesucristo en el Evangelio: "Quien se ensalza será humillado, é quien se humilla será ensalzado." Cualquier que en este mundo quisiere ser honrado con soberbia ó con pecado, en aquel otro mundo será abajado; et aquellos que en este mundo se quisieren humillar por su amor, serán en el otro mundo ensalzados en la gloria del paraíso.

#### **LV. Enxemplo de los mures con el gato.**

Los mures llegaronse á consejo é acordaon cómo se pondrian guardar del gato, é dijo el uno que era el mas cuerdo que los otros: "Atemos una esquila al pescuezo del gato, é podernos hemos muy bien guardar del gato, que cuando él pasare de un cabo á otro siempre oiremos la esquila." Et aqueste consejo plugo á todos; mas dijo uno: "Verdad es, mas ¿quién atará la esquila al pescuezo del gato?" E respondió el uno: "Yo non." Respondió el otro: "Yo non, que por todo el mundo yo non querria llegar á él." Ansí acaesce muchas vegadas que los clérigos ó monjes se levantan contra sus prelados, ó otros contra sus obispos diciendo: "Pluguiese á Dios que lo hobiese tirado é que hobiésemos otro obispo ó otro abad." Esto placeria á todos; mas al cabo dice: "Quien lo acusare perderá su dignidad ó fallarse-ha mal dende, (") et dice el uno: "Yo non." Dice el otro: "Yo non." Ansí que los menores dejan acusar á los mayores mas por miedo que non por amor.

## Del gato e del mur

Por iniciativa de Alfonso X el Sabio se tradujeron al castellano en el siglo XIII las fábulas de origen hindú de CALILA Y DIMNA, libro escrito por un sabio llamado Báidabâ (El Filósofo Hindú), quizás antes de la era cristiana pero verdaderamente conocido a partir del siglo VI de ella. Calila y Dimna supone la máxima expresión del gusto literario árabe de todas las épocas. Aún hoy, sus fábulas, cuentos y proverbios, disfrutan de mucho favor en Oriente, por ser un género que habla claramente al espíritu y se fija con facilidad en la memoria del lector. Trata de apologías o sea fábulas morales. Al final de cada una siempre queda la enseñanza que será útil al lector. El título proviene de los nombres dados a los protagonistas -dos lobos cervales- de uno de los relatos. Las diversas narraciones no se relacionan necesariamente entre sí, y sólo sustentan la unidad de ser rimeros de fábulas y consejos.



### **Capítulo IX. Del gato e del mur**

Dijo el rey al filósofo: «Ya oí este ejemplo del hombre rabinoso, qué es su cima. Pues dame ahora ejemplo de los dos enemigos, cómo se ayudan el uno del otro a la hora de la cuita, e cómo se guardan.» Dijo el filósofo: «Conviene al hombre, cuando cayere en manos de sus enemigos, que pugne de haber amor con alguno dellos, e tomarlo por amigo, para vencer con él los otros enemigos; ca non puede ser que el amigo sea todavía amigo, nin el enemigo, enemigo. El amigo, cuando le facen pesar, tórnase enemigo, et el enemigo, cuando ve que le yace pro en su amigo, non finca en su enemistad, e tórnase

amigo leal. Et el homne sabio, a la hora de la cuita, face amistad con sus enemigos, e al nescio ciérranse le todas las carreras, así que non sabe razón nin manera por do estuerza, fasta que peresce en nescedat. Et este es el ejemplo del mur e del gato, los cuales se librarón uno a otro.» Dijo el rey: «¿Cómo fue eso?» Dijo el filósofo: «Dicen que en una tierra había un árbol muy grande, que llamaban vairod, et había al pie dél muchos vestíbolos, e en sus ramas muchos nidos de aves. Et había a raíz deste árbol una cueva de un mur, que había nombre Vendo, et allí cerca del árbol había un gato, que había nombre Rabí. Et solían allí venir a menudo los venadores e venar aquellos venados et cazar las aves de cerca de aquel árbol. Así que un cazador armó sus lazos, e cayó y el gato. Et en esto el mur salió de su cueva, e andovo buscando qué comiese; e en reguardándose con todo esto, et catando a todas partes muy apercebido, vido al gato estar en los lazos, et fue muy alegre. Desí paró mientes empós desí, e vido un lirón que le vacía en celada, et cató a suso e vido un búho en un ramo del árbol que lo estaba aguardando por lo matar. Et temióse que si se tornase atrás que saltaría en él el lirón, et si se fuese a diestro o a siniestro que lo llevaría el búho, et que si fuese adelante que lo prendería el gato; et dijo en su corazón: Debo me ayudar del seso e de las artes de guisa que estuerza deste peligro; ca los corazones de los sabios, mares son profundos, e con ellos saben qué ha entre desamparar se homne a muerte e entre trabajar se de escapar; et cuando son en el vicio non se aseguran de los durar la vida nin se desamparan en la tribulación e en la cuita. Et yo he pensado, e non fallo otra arte por que estuerza deste mal, si non pedir tregua al gato e ganar su amor. Ca él está en grant cuita, que lo non puede otro librar si non yo, et por ventura dar me ha el gato tregua por su pro, e yo otrosí escaparé por él deste mal a que só llegado.» Desí llamó al gato e díjole: «¿Cómo estás?» Dijo el gato: «Ya vees tú cómo estás; pues ¿por qué preguntas?» Dijo el mur: «Non te mentiré, ca el mentir es cosa aborrescida; et por ventura bien querría yo que fueses en mayor estrechura, et que llegase el tiempo de la tu muerte. Mas es acaescido tanto de mal, que me non place por que estás así, et non es ninguno que mejor me pueda librar desto en que estó, e deste tan grant peligro en que estó, salvo tú; et tú otrosí, non hay ninguno que mejor te pueda librar desto en que estás, que yo. Ca yo estó en reguardo del lirón e del búho que me están aguardando, et yo estó flaco que me les non podré amparar. Et si tú me segurares de ti mesmo, e me fueres fiador de me librar de los otros que me tienen cercado, librar te he yo desto en que estás e estorcerás desta prisión. Et plégate desto, et ayúdame a librar a mí e a ti; ca así como yo quiero tu vida por razón de la mía, otrosí tú debes amar mi vida por razón de la tuya, así como escapan los homnes de la mar por las naves, e las naves escapan por los homnes, e así fío por Dios que escaparemos desta tribulación amos, ayudando nos.» Et después que esto oyó decir el gato al mur, sopó que decía verdad, et díjole: «Verdad dices, e yo te guardaré esta merced por siempre, e habré de te lo galardonar.» Et dijo el mur: «Déjame llegar a ti, ca el búho e el lirón, cuando nos vieren atreguados, tornar se han. Et cuando yo fuere seguro dellos, tajaré estos lazos en que yaces.» Et fízolo así el gato, e asegurólo, e el mur llegóse a él. Et cuando el búho e el lirón vieron esto, tornáronse de aquel lugar. Et comenzó el mur a tajar la red nudo a nudo; et en veyendo el gato que non era acucioso en lo tajar, dubdó dél et díjole: «Amigo, ¿por qué non te apresuras en tajar la red? Por ventura que acabaste ya lo tuyo e eres seguro, por esto lo faces. Et si así es, non es fecho

de homne justo. Et así como me yo apresuré en te librar, tú otrosí debes te femenciar en librar a mí. Et si te miembras de la enemistad antigua non lo debes facer; ca me has ya probado por bueno, que otro o mejor debe ser loado. E non debes parar mientes a la antigua malquerencia; ca los buenos non tienen mala voluntad, mas son gradescedores del bien fecho; e la merced, segunt ellos creen, amata los muchos pecados.» Dijo el mur: «Los amigos son en dos maneras: el uno es amigo puro, e el otro es el que face amistad de otro en hora de cuita e de nesciedad. Onde el puro amigo debe amar al amigo más que a sí mesmo, e a sus parientes e a su haber; ca es leal por naturaleza. Et el otro, que se toma por hora de cuita, a las veces dura su amor e a las veces desfácese. Et por ende conviene al homne cuerdo que se guarde; ca el que pone amor con su enemigo e fía por él e non se guarda dél, será tal como el homne que come más de lo que debe e non lo sufre su estómago nin lo puede moler, e lazra con ello. Et yo he compartido mi obra, e fíncame un poco por facer; ca toda obra ha sazón e tiempo, et el que face la obra sin sazón e sin tiempo non se aprovecha de su fruto. Et yo tajar te he esta red un nudo empós otro, e dejaré un nudo por ser seguro de ti en guisa que le quiebres tú en tiempo que me non puedes alcanzar cuando salieres de la red.» Et cuando amanesció veno y el cazador a aquel lugar; et el mur, cuando lo vido, comenzóse a esforzar a cortar lo que quedaba de la red, e cortólo; e subió el gato en el árbol, e entró el mur en su forado, e el cazador tomó su rede e fuese su carrera. Desí quiso el mur salir del forado e vido al gato e non se llegó a él. Et llamó lo el gato et díjole: «¿Por qué non te llegas a mí, el mi amigo que tan grand merced me feciste? Ca yo he grant sabor de facer galardonar el bien que me has fecho, et dar te he yo a comer el fruto de tu obra. Pues llégate a mí e non temas, ca non amo más a mí que a ti.» Et juróle que le non buscaría mal. Dijo el mur: «El que non sabe traer su fecho con sus enemigos e con los amigos, face mal a sí e mátase. Et la enemistad e la amistad han lugar, do debe el entendido usar dellas segunt debe. Et el homne entendido non debe poner su amor con el homne que era su enemigo, si non fuere en hora de cuita; ca los fijos de las bestias siguen a sus madres mientre han de mamar dellas, et cuando las pueden escusar fuyen dellas, et el enemigo cuando se torna amigo por esperanza de algunt pro, después que lo acaba tórnase a su enemistad, así como face el agua cuando la escalienta el fuego, que si se parte del fuego tórnase a su friura. Et tú eres mi enemigo natural e tú a mí otro tal. Pues ¿cómo se enderezará amor entre nos? Et yo non sé para qué me hayas tú menester si non para comer me.» Desí comenzó el mur a se guardar del gato e a ser muy apercebido.

## La Reina Blanca de la Ciudad Miau



Ronronia tenía la tez más blanca de Vendavalía. El blanco era el color favorito del Mago Dragón, que era verde, así que el Mago Dragón se enamoró perdidamente de Ronronia.

—Ronronia —dijo el mago—, quiero que te cases conmigo y vivas en mi isla.

El Mago Dragón era un dragón con poderes mágicos que vivía flotando como una isla. Ronronia no quería ir a aburrirse en medio del agua. Además, el verde no era su color favorito.

—Todavía soy joven para casarme —respondió.

—Nunca conocerás a nadie como yo —dijo el mago.

—Eso espero —dijo Ronronia.

—No me hagas enojar —dijo el mago.

—Por qué no te vas al cuerno —dijo Ronronia.

El mago maldijo a Ronronia y la transformó en una gata blanca.

—Serás humana de nuevo —le dijo— cuando un humano se enamore de la gata blanca.

—Miau —dijo Ronronia.

El Mago Dragón le dijo adiós y se dedicó a su entretenimiento favorito, que era contarse las escamas verdes mientras flotaba en el mar. Ronronia, convertida en gata, anduvo de aquí para allá tratando de hablar con la gente. Nadie entendía sus maullidos. Un día, caminando por la playa, encontró al príncipe Tertulio.

—Miau —saludó Ronronia.

—Lindo gatito —dijo Tertulio acariciándole la cabeza.

—No soy un lindo gatito, pedazo de torpe —dijo Ronronia—. Soy una muchacha transformada en gata por un hechizo del Mago Dragón. Pero Tertulio sólo oyó Miau miau miau, y se cansó de los maullidos, porque no era un príncipe muy paciente. —Fuera de aquí, gatito —le dijo. Ronronia se enfadó, le robó la corona y echó a correr.

El príncipe la siguió, pero pronto perdió el aliento y perdió de vista a la gata, así que también perdió la corona. Ronronia llegó a un muelle y subió a un barco. En el barco navegó de un lado a otro hasta que llegó a Ciudad Miau y decidió quedarse allí. En Ciudad Miau vivían casi todos los gatos de Vendavalía. Era una gran roca con forma de gato mirando el mar. El viento había tallado esa roca en tiempos muy antiguos. Un gato viejo y barbudo le salió al encuentro.

—Te noto algo raro —le dijo a Ronronia.

Y claro que le notaba algo raro. Los gatos de Vendavalía cambiaban de color según el viento. Eran rojos, verdes, azules o amarillos según soplara viento norte, este, oeste o sur. Cuando soplaban viento de todas partes eran un arco iris viviente. Pero Ronronia era blanca todo el tiempo.

—Sólo soy gata a medias —explicó Ronronia, rompiendo a llorar—. El Mago Dragón me maldijo.

—Ese mago está chiflado —comentó el gato viejo y barbudo.

Una multitud de gatos se había reunido alrededor, cambiando de color en el viento. Todos estaban intrigados por el pelo blanco de Ronronia.

—¿Y qué es esa cosa brillante? —preguntó el gato viejo y barbudo, señalando la corona que Ronronia traía enganchada en la pata.

—Una corona —dijo Ronronia.

—Una gata blanca que tiene una corona en la pata tendría que ser reina de Ciudad Miau—dijeron los demás gatos. Nunca habían tenido reyes ni reinas ni emperadores ni caciques, y la idea les parecía divertida. Micifuces, mininos y morrongos alzaron a Ronronia en andas, la llevaron a Ciudad Miau y la coronaron reina con la corona que ella le había robado a Tertulio.

—Estais chiflados —dijo el gato viejo y barbudo.

Ronronia se sentía feliz de ser una gata reina, pero como sólo era gata a medias, sólo era feliz a medias. Todos los días caminaba hasta la orilla del mar y miraba el horizonte. Y entretanto, del otro lado de ese horizonte, un barco navegaba hacia Ciudad Miau. Era un barco pirata, y allí viajaba el príncipe Tertulio. Este príncipe era hijo del emperador de Salpicondía. Cuando Ronronia le robó la corona en la playa, Tertulio se había alejado de los guardias que lo protegían. Los piratas lo habían visto indefenso y lo habían secuestrado para pedir rescate. En el barco los piratas lo obligaban a escribir cartas al emperador. Ponían las cartas en el buche de un pájaro mensajero y el pájaro se las

llevaba al emperador y volvía con las respuestas.

"Papá emperador —escribía Tertulio—, una gata me robó la corona y los piratas me capturaron en la playa."

"Querido papanatas —contestaba el emperador—, no me explico de dónde saqué un hijo tan bobo."

"Papá emperador —escribía Tertulio—, los piratas exigen veinte mil salpicondios de oro a cambio de mi principesca persona."

"Querido zopenco —contestaba el emperador—, con los tiempos que corren, no puedo gastar dinero en principescas tonterías."

"Papá emperador —escribía Tertulio—, estos piratas son buena gente. Me atienden bien y me cuidan mucho. Pero dicen que si no reciben lo que han pedido, me colgarán del palo mayor."

"Querido bodoque —contestaba el emperador—, yo sabía que te sentirías cómodo entre piratas, pues me has pirateado toda la vida. Aquí les mando sogas para que te cuelguen."

El pájaro mensajero iba y venía, resoplando y aleteando. A medida que el barco pirata se alejaba de Salpicondia, los vuelos de ida y vuelta del pájaro se volvían más largos y cansadores. Los piratas iban a Ciudad Miau porque pensaban que allí nadie los molestaría mientras negociaban con el emperador, pero las imperiales respuestas eran poco alentadoras. Decidieron pedir menos por Tertulio. También decidieron enviar la próxima carta a la emperatriz, que debía de tener el corazón más blando.

"Mamá emperatriz —escribió Tertulio—, los piratas están dispuestos a liberarme por sólo diez mil salpicondios de oro."

"Querido badulaque —contestó la emperatriz—, te creerás que tu padre y yo encontramos el dinero en la calle. Diez mil sopapos te voy a dar cuando aparezcas. Esos piratas deben ser amigotes tuyos que quieren plata para ir de juerga."

Cuando el pájaro mensajero llevó esta última carta, el barco pirata ya navegaba frente a la roca con forma de gato. Desde lo alto de esa roca, un gato vigía vio el barco y corrió a llevar la noticia a la Reina Blanca. El viento que producía al correr le cambiaba rápidamente el color. Salió azul y llegó verde. Ronronia maulló de alegría al enterarse de que venía un barco y bajó a la playa para recibirlo. El barco tardó una noche más en acercarse a tierra. Cuando cantó el pájaro del amanecer y el sol tiñó el mar de rojo, los piratas echaron anclas y desembarcaron. Se sentaron en la playa a tomar vino y a discutir qué harían con Tertulio. El pájaro mensajero esperaba pacientemente en un mástil del barco.

—Este príncipe es un estorbo —dijo un pirata.

—El emperador no quiere pagar nada por él —dijo otro.

—Podría unirse a nuestra banda —sugirió un tercero.

—Ya hay bastantes inútiles a bordo —dijo el capitán.

—Podríamos abandonarlo aquí —dijo otro pirata.

—Sería mejor deshacerse de él —dijo el capitán—. De lo contrario, un día podría buscar venganza.

—No se preocupen por mí —tartamudeó Tertulio—. No soy vengativo.

—No te metas en lo que no te incumbe —dijeron los piratas.

Y continuaron con su lista de sugerencias:

—Podemos ahogarlo.

—Podemos ahorcarlo.

—Podemos azotarlo.

—Podemos decapitarlo.

Ronronia escuchaba esta conversación escondida detrás de una roca. Miraba a Tertulio con curiosidad, porque creía recordar esa cara de alguna parte. Se asomó para verlo mejor. Tertulio, maniatado entre los piratas, vio que una cosa brillante reflejaba el sol. Miró la cosa brillante con creciente interés, mientras los piratas bebían y discutían animadamente sobre las diversas maneras de triturarlo, apalearlo y despedazarlo.

—La corona —murmuró Tertulio.

—No interrumpas más —dijo el capitán.

—En un momento así habla de coronas —dijo otro pirata—. Admito que tiene coraje.

—Quizá no sea tan inútil después de todo —comentó otro.

—La corona —insistió Tertulio.

—¿De qué corona está hablando? —preguntó el capitán.

Ronronia notó que la habían visto. Dio media vuelta y echó a correr. Tertulio se levantó para perseguirla. Tenía las manos atadas, pero las piernas libres.

—Alto —gritó Tertulio.

—Miau —gritó Ronronia.

—El prisionero se escapa —gritó el pájaro mensajero desde el mástil, y se puso a dormir la siesta.

Ronronia corrió hacia Ciudad Miau perseguida por Tertulio, quien corría perseguido por los piratas. A Ronronia se le cayó la corona, que rodó por la arena e hizo tropezar a Tertulio, que cayó de bruces. Los piratas vieron la corona y se olvidaron del prisionero.

—Es mía —gritó el capitán.

—Mía —gritó otro pirata.

Estaban borrachos de tanto tomar vino. La corona se les resbaló de las manos. Otros dos piratas intentaron atajarla y chocaron de cabeza en el aire. Aterrizaron en la arena y tumbaron a los que venían detrás. La corona dio una voltereta, rebotó en varias cabezas y nuevamente echó a rodar por la playa. Tertulio se repuso del tropiezo, se levantó y alcanzó la corona. Como tenía las manos atadas, la pateó con fuerza para alejarla de los

piratas. La corona rodó playa abajo. Ronronia y los demás gatos se habían reunido en un médano para mirar el espectáculo.

—Parece un nuevo deporte —dijo el gato viejo y barbudo.

—Eso debe ser —exclamaron los demás gatos.

Maullando alegremente, se sumaron al alboroto. Cambiando de color, corrían entre los piratas pasándose la corona: un gato azul se la tiró a uno pardo, el gato pardo esquivó a un pirata con parche, el pirata le arrojó un sablazo, el sable se incrustó en la arena; el pardo le pasó la corona a un gato amarillo, el amarillo se puso verde y se la pasó a Tertulio, Tertulio cabeceó, la corona voló, el capitán la enganchó con la punta del garfio, un gato celeste se la quitó con los dientes y la arrojó a los pies del gato viejo y barbudo.

—Miau —gritaron los gatos, es decir—: ¡Gol!

—Están chiflados —dijo el gato viejo y barbudo.

Volvió a arrojar la corona al campo mientras Tertulio aprovechaba para raspase las ligaduras contra la espada de un pirata tan ebrio que apenas podía tenerse en pie. Esta vez los gatos tomaron rápidamente la delantera, y pronto volvieron a arrojar la corona hacia el gato viejo.

—Miauuu —exclamaron victoriosamente, es decir—: ¡Otro goool!

El gato viejo y barbudo se preparó para devolverles la corona. Tertulio, que se había terminado de desatar, agitó los brazos para que se la arrojara a él. El gato vaciló. La reina blanca maulló una orden. El gato viejo y barbudo obedeció y le tiró la corona al príncipe. Tertulio corrió playa arriba seguido por piratas furiosos y gatos risueños. Ronronia dio otra orden y los gatos empezaron a corretear entre las piernas de los piratas. Los piratas tropezaron, rodaron al suelo y no pudieron levantarse. El vino, los golpes y el ejercicio los habían agotado. Durmieron la mona y despertaron maniatados: Tertulio los había amarrado con la soga que le había mandado su padre y los había puesto a todos a bordo. Ató a uno de ellos al timón y pidió al pájaro mensajero que lo vigilara para que siguiera rumbo a Salpicondia sin desviarse.

—Si intenta cambiar el curso —dijo Tertulio—, dale un picotazo en la cabeza.

El pájaro mensajero, harto de volar de aquí para allá, aceptó con mucho gusto. Tertulio miró su abollada corona y se acercó a la gata blanca.

—Hiciste bien en quitármela —dijo, poniéndole la corona en la cabeza—. Yo soy un haragán que no sirve para príncipe. Te la devuelvo porque te has portado como una

reina.

—Miau —dijo el gato viejo y barbudo, es decir—: Estos humanos están chiflados.

—Aunque al menos he sabido recuperarla —agregó Tertulio con cierto orgullo.

—Miau —suspiró Ronronia.

—Qué maullido tan dulce —dijo Tertulio. Alzó a Ronronia con ambas manos—. Mi corona te queda espléndida.

Ronronia sintió una picazón en todo el cuerpo.

—Nunca había visto a una gata tan bella —exclamó Tertulio.

La picazón de Ronronia se volvió comezón.

—Más aún —exclamó Tertulio—. Nunca había visto un animal tan bello.

La comezón de Ronronia se volvió cosquilleo.

—Más aún —exclamó Tertulio—. Nunca había visto una criatura tan bella. —Y añadió, asustado de sus propias palabras—: ¿Es posible enamorarse de una gata que uno conoció en la playa cuando le robaba la corona?

El cosquilleo de Ronronia se convirtió en una electricidad que le erizó el pelaje blanco. Sus patas se alargaron, su cola se acortó, sus pupilas se redondearon, sus bigotes se borraron. el pelo blanco de la cabeza se transformó en cabello rubio, el pelo blanco del cuerpo se transformó en tez blanca.

—Miau —dijo el gato viejo y barbudo restregándose los ojos, es decir—: Estoy chiflado.

Tertulio se sorprendió teniendo en brazos a una muchacha blanca en vez de una gata blanca.

—Miau —dijo la muchacha blanca—. Hola.

Sólo estaba vestida con la corona de Tertulio, que se apresuró a ofrecerle su capa para abrigo.

—Me llamo Ronronia —dijo Ronronia envolviéndose en la capa.

Tertulio no dijo nada porque estaba totalmente embobado.

Escribió una carta para sus imperiales padres y la puso en el buche del pájaro mensajero: "Papá emperador y mamá emperatriz, he decidido renunciar al trono de Salpicondía para casarme con la reina de Ciudad Miau". La respuesta llegó pocos días más tarde:

"Querido ex príncipe, hemos recibido a los piratas prisioneros y los encontramos muy simpáticos, así que los hemos nombrado herederos del trono".

Micifuces, mininos y morrongos celebraron la boda de Tertulio y Ronronia tirándoles arroz con leche. Los imperiales padres de Tertulio y los ex piratas asistieron con imperiales regalos y gritaron "¡Vivan los novios!" con imperial compostura. El gato viejo y barbudo los felicitó diciéndoles que estaban chiflados. Tertulio y Ronronia tuvieron hijos que a veces eran humanos y a veces gatos y a menudo cambiaban de color, para gran diversión de sus imperiales abuelos, que iban con frecuencia a visitarlos. Y hablando de colores, cuando el Mago Dragón se enteró de que Ronronia había roto el hechizo, se agarró una rabieta que se puso más verde de lo que era.

Carlos Gardini

## Las nueve vidas del gato (relato)



Desde entonces no pararía de llover. Pobre gato escapado de su Edén de terciopelo tras el desastre de la inundación. Murió en el acto.

Revivió meses más tarde en la misma penumbra cíclica. Tras los mismos matorrales y setos de la calle de atrás. Junto a uno de esos contenedores hiperbólicos de los hoteles. A las puertas de la habitación de una cierta Madame Tarántula con garras en vez de uñas. Se enorgullecía de ello. Dicen que una vez mató a una vendedora de flores y que el único recuerdo fue una gota de sangre roja muy roja en las sábanas de lino blancas, muy blancas. El gato lo vio. Murió en el acto.

Volvió a la vida o eso dijo. Ya cansado de los avatares y repeticiones a cámara lenta de mil jugadas desdibujadas tras el vaho de cristal, de sus ojos de luna guadaña. ¿Qué haría entonces? Andar. ¿Qué otro remedio? Entonces murió de hambre.

Cuarto intento tras tres fracasos. El gato meditó. Se convirtió en mascota de una niña ciega. Cumplió sus deseos e hilvanó verdades con varios hilos de mentira. Maulló, cantó, subió a la luna, la bajo para ella atada a la cola. Le devolvió la vista, le devolvió la vida. Le regalo el Amor. Ése con las mayúsculas que sólo se ve en los cuentos de hadas. Esos que se terminan con las cortinas granates echadas tras un diáfano "fueron felices y comieron perdices". Nunca se sabe qué sucedió después. El gato tampoco lo supo. Cuando cumplió el tercer deseo volvió a morir.

Viernes de la semana. Ya aburrido decidió buscarse un nombre. Por hacer algo. Espió a los vecinos y los escuchó llamar en gritos desesperados a sus más variadas mascotas. En su mayoría perritos diminutos que se llevan a modo de complemento ensartados en los bolsos. Eso de innovar y buscarse un nombre de perro no le convencía. Así que volvió a su propia sangre. Tampoco hubo suerte. Sólo apelativos ridículos al estilo Mificuz que

no le terminaron de convencer. Y la punzante manía de ser denominado "cosita" por cierta gótica feliz de cierto apartamento F212 en medio de una nada consumida. Cuánto mejor hubiera sido el opio para ella. Pero el gato hizo caso omiso. Demasiada ocupación en buscarse el dichoso nombre. Tampoco lo lamentó demasiado cuando ella murió a lo Ophelia en la bañera de casa. Finalmente, un día se decidió: Se llamaría Gato. Fácil. Problema resuelto. ¡Oh! La felicidad primera del iniciático paso hacia el autodescubrimiento. Era feliz, era algo, tenía conciencia, tenía un nombre. De felicidad no miró la calle al cruzar y lo atropelló un camión de la basura.

Sexto. Siguió llamándose Gato. Algo que permanecía tras la rueda de infortunios. Digno de agradecer. Pero como ya no lo consolaba en las noches de aburrimiento, decidió dejar el nombre por ahí perdido. Tampoco era tan necesario. Y como no sabía donde tirarlo volvió al callejón trasero del viejo hotel a las puertas de Madame Tarántula. A ese contenedor hiperbólico y lo dejó por ahí. De vuelta a la realidad admiró todo un nuevo circo histórico que la señora de las garras había conseguido hacer enloquecer en sus horas de aburrimiento. "Buena manera de emplear el tiempo" - pensó el gato. Después se subió a una tapia. Como siempre. Por hacer algo. Sopesó diversas opciones. Podía buscar compañía. Podía buscar fama. Adoración. Popularidad. Estuvo bien pensar durante un rato en las diversas posibilidades de futuros prometedores. El único problema es que a la larga lo dejaban tan aburrido como estaba en un principio. Aún peor. Con una posibilidad menos de salvación. Entre tanta meditación metafísica y neuroquímica el gato se cayó de la tapia. De cabeza. Es mentira eso de que los gatos siempre caen de pie.

Cuando volvió a abrir los ojos en el séptimo y último intento lo que más rabia le dio es que nadie le hubiera compuesto una canción como le hicieran antaño al famoso Señor Don Gato (marramiau miau miau sentadito en su tejado). Por lo visto está mucho más celebrado el morir de amor que de neuras psicológicas. Toda una ofensa para el gato. Aún buscando algo con lo que llenar las horas muertas, el gato decidió entonces buscarse una obsesión, ya que las aficiones comunes no cumplían los requisitos. Con lo cual comenzó a considerar los diferentes tipos de suicidios en activo. Hacer aquello que alguien decía: la muerte como una hermosa obra de arte. Un punto y final perfecto para una vida enlodada en la mediocridad. Encontró el suicidio perfecto como encontró el nombre perfecto: tras mucha cavilación. Y por supuesto lo llevó a cabo. En ese preciso instante lo recordó. Y sus ojos de luna guadaña se abrieron de par en par. Resucitó a todos los muertos con sus maullidos lunáticos: Su familia había residido antiguamente en una granja perdida en lo más profundo de Louisiana. Eran americanos, para colmo sin rastro de sangre francesa. Lo que significaba 9 vidas, y otras dos más con las que acabar. Por fortuna o por desgracia los maullidos frenéticos también despertaron a los vivos y una bota de caña salió volando por una de las ventanas que daban al callejón. Cesó su andadura nocturna al topar con la cabeza del gato.

Novena. Bien fuera por frustración ante la última agresión voluntaria o bien por cualquier otra causa desconocida, el gato decidió vivir la novena. Y aburrido de todo lo encontrado hasta el momento renunció a su condición gatuna y decidió convertirse en humano. Seamos francos, él también quería tirar botas de caña por la ventana. Meditó y meditó, esta vez sin subir a la tapia por miedo a caer de ella. Finalmente, como siempre

tras mucha cavilación, decidió volverse a pasear por el callejón trasero a las puertas de Madame Tarántula. Y allí encontró a la reina araña, animando muñecas con hilos de plata. Le contó el caso y la buena mujer ofreció el trato. El gato aceptó. Y ya no fue más gato.

Desde entonces es hombre y responde a nombre de hombre. Desde entonces tiene la piel blanca de quien ha mirado demasiado a la luna y los ojos violeta (¿o fueron verdes?) en su eterna forma de luna guadaña. Desde entonces trabaja en la casa de los placeres de Madame Tarántula envolviendo a los clientes con su Edén de Terciopelo al que, vidas después, consiguió volver. Generalmente encerrado en la habitación violeta, de olores cargados, reclinado en un diván. Probablemente con un cigarrillo Mild Seven entre labios descarnados y los ronroneos todavía de vez en cuando en la traquea. O si no con una copa con una extraña mezcla a base de veneno, mentiras y caprichos en la mano de marfil blanco. También hay chocolate para los clientes y alguna que otra fotografía de caras especialmente bonitas. Perfume a violetas y las luces caídas. Y así las 9 vidas de un gato se quedaron en nada.

Maite Madinabeitia Dorado

## El Gato de Cheshire

El Gato de Cheshire es un personaje ficticio creado por Lewis Carroll en su conocida obra *Alicia en el país de las maravillas*. Tiene la capacidad de aparecer y desaparecer a voluntad, entreteniendo a Alicia mediante conversaciones paradójicas de tintes filosóficos.

Una de sus características más singulares es que el Gato de Cheshire puede desaparecer gradualmente hasta que no queda nada más que su amplia sonrisa, haciendo notar a Alicia que muchas veces habrá podido ver a un gato sin sonrisa pero nunca a una sonrisa sin gato. La imaginación de Alicia, y también del lector, queda impresionada por la particular manera que tiene de hacer mutis por el foro el Gato, y su manera de esfumarse como un fantasma a su entera voluntad, unas veces gradual, otras bruscamente. Cuando realiza el prodigio de desaparecer casi por completo del árbol en que está encaramado, dejando como espectral residuo el ectoplasma de su sonrisa, el asombro de la niña llega al colmo "¡Esto sí que es bueno! ¿una cosa es un gato sin sonrisa, pero otra muy distinta, una sonrisa sin gato! ¡Es lo más raro que he visto en mi vida!".

El gato es la guía que ayuda cuando Alicia le necesita. Es el arquetipo del sabio que ya ha recorrido muchos caminos y que se ríe de la curiosidad del joven, porque es la misma que él sintió algún día, hace mucho tiempo. Todas las personas nos preguntamos en algún momento hacia donde ir y nos molesta la lógica del gato, absurda pero innegable. El gato es una especie de Destino, aparece y desaparece cuando quiere, sin darnos cuenta puede estar presente a nuestras espaldas. En el capítulo del juego de croquet, vemos que el gato está también por encima de la ley, y que se niega a hacerles reverencias a los reyes. El gato aparece justo en el momento en que Alicia se encuentra en más dificultades.

## **Los gatos en las fábulas de Esopo**

La fábula es un género literario, que consiste en una historia breve, que transmite una enseñanza (llamada moraleja). La fábula refleja el conjunto de vicios y virtudes humanas, personificado por animales con el fin de enseñar con el ejemplo. En general los protagonistas de estas historias son animales que hablan entre ellos y desarrollan la trama del cuento y al final algunos de los protagonistas o el autor indica la moraleja. Los personajes comunes de las fábulas, como el león, el lobo, el zorro, la oveja, etc. tienen generalmente un rol bastante predecible, (dice Chesterton: muchos hombres aprendieron a conectar las simples y fuertes criaturas con las simples y fuertes verdades).

Esopo nació en Frigia, Asia Menor, en el 550 a.C. Es posible que algunas de los cuentos de Esopo fueran viejas historias contadas de boca en boca, pero también hay que reconocer que fue un agudo observador del comportamiento humano y lo transcribió a sus fábulas. Algunas de éstas, fueron duras críticas al poder político y a las costumbres sociales contemporáneas, lo que le costó la vida en Delfos, donde fue arrojado desde un barranco. Muchas de las fábulas de Esopo, fueron reescritas por otros fabulistas como La Fontaine, Samaniego, Iriarte etc. , que han mejorado o adornado literariamente la forma de contar la historia, pero el mensaje se mantiene.

### **El gato y el ratón viejo**

Enterado un gato de que en cierta casa vecina abundaban los ratones, encaminose a ella y en varias veces se engulló cuantos quiso. Los afligidos al ver que cada día faltaban algunos amigos, se dijeron en ratonil confianza: - Puesto que todos vamos a perecer, cuerdo será quedarse cada uno en su escondrijo, que el gato, por salutarín que sea, no podrá llegar entonces hasta nosotros. Hiciéronlo así; pero el hambre, que es fecunda en recursos, sugirió al gato de atraérselos nuevamente, para lo cual, colgándose de un palo, fingióse muerto. Los ratoncillos más jóvenes comenzaron a sacar la cabeza, y aun a exponerse a salir, hasta que un ratón viejo, que con astucia miraba al gato, exclamó: - Muerto está, compañeros, pero por lo mismo que está muerto, quedémonos todavía aquí para no turbar el esposo de los difuntos. Hay quien asegura que al gato se le bajó la sangre a la cabeza y se murió de veras.

Moraleja: El varón prudente evitará ser engañado con astucias y dobleces. La experiencia y la prudencia indican que la desconfianza es la madre de la seguridad.

### **El gato y el ratón joven**

Un ratoncillo sin experiencia, que había caído en poder de un gato viejo, imploraba la clemencia de éste entre otras cosas: - ¡Perdomadme la vida por esta vez! Yo no puedo hacer daño alguno, puesto que con poca cosa me alimento. Esperad a que engorde, y entonces podré servir de merienda a vuestros hijos. - ¡A mí me vienes con esas patrañas! - exclamó Micifuz- ¿No ves que soy ya gato viejo? Por mi parte, yo no te voy a perdonar. Y en cuanto a mis hijos, ya buscarán cuando necesiten. Y sin más explicaciones, devoró al Ratoncillo.

La juventud presume de alcanzarlo todo (o que todo lo consigue), y la vejez es inexorable.

### **Los gatos y los ratones**

Allá en tiempos remotos, estalló feroz guerra entre gatos y ratones, fatal en la mayor parte de las batallas para los segundos. Mas como quiera que entre los ratones nadie confesaba que las derrotas eran debidas a debilidad o miedo, llegó a prevalecer la opinión de que el no ser conocidos los jefes en lo recio de la pelea contribuía a introducir el desorden en las batallas. Un ratón viejo aconsejó: - Debemos nombrar muchos generales y hacerles uniformes vistosos, con plumas y penachos en la cabeza, de esta suerte las tropas se agruparán alrededor de sus caudillos y todo el ratonil ejército se batirá como un solo hombre. Arregladas así las cosas, presentose nueva batalla a los Gatos. Pero éstos que, con la facilidad de siempre, arrollaron rápidamente a sus enemigos, no sólo los derrotaron como hasta entonces, sino que, persiguiendo a los que huían, pudieron comerse a todos los generales, porque el plumero les impidió ocultarse en sus ratoneras.

Cuanto hay que por culpa del plumero pagan no ya el delito de la cobardía, sino el necio pecado de la vanidad!.



### **La zorra y el gato**

Se alababa una zorra hablando con un gato, de que sabía mil medios distintos para preservar su vida, a lo cual contestaba el gato que no era tan sabio, pues sólo confiaba en su ligereza en trepar para salir de cualquier apuro.

Aparecen en esto los perros, y el gato logró escaparse encaramándose a un árbol, pero la zorra, no pudiendo hacer lo mismo, cayó en poder de sus enemigos. Moraleja: Vale más saber una sola cosa que sea útil, que muchas que no sirven.



### **Afrodita y la gata**

Se había enamorado una gata de un hermoso joven, y rogó a Afrodita que la hiciera mujer. La diosa, compadecida de su deseo, la transformó en una bella doncella, y entonces el joven, prendado de ella, la invitó a su casa. Estando ambos descansando en la alcoba nupcial, quiso saber Afrodita si al cambiar de ser a la gata había mudado también de carácter, por lo que soltó un ratón en el centro de la alcoba. Olvidándose la gata de su condición presente, se levantó del lecho y persiguió al ratón para comérselo. Entonces la diosa, indignada, la volvió a su original estado. Moraleja: El cambio de estado de una persona, no la hace cambiar sus instintos.



### **El cascabel del gato**

Un hábil gato hacía tal matanza de ratones, que apenas veía uno, era cena servida. Los pocos que quedaban, sin valor para salir de su agujero, se conformaban con su hambre. Para ellos, ese no era un gato, era un diablo carnicero. Una noche en que el gato partió a los tejados en busca de su amor, los ratones hicieron una junta sobre su problema más urgente.

Desde el principio, el ratón más anciano, sabio y prudente, sostuvo que de alguna manera, tarde o temprano, había que idear un medio de modo que siempre avisara la presencia del gato y pudieran ellos esconderse a tiempo. Efectivamente, ese era el remedio y no había otro. Todos fueron de la misma opinión, y nada les pareció más indicado.

Uno de los asistentes propuso ponerle un cascabel al cuello del gato, lo que les entusiasmó muchísimo y decían sería una excelente solución. Sólo se presentó una dificultad: quién le ponía el cascabel al gato.

- ¡Yo no, no soy tonto, no voy!

- ¡Ah, yo no sé cómo hacerlo!

En fin, terminó la reunión sin adoptar ningún acuerdo.

Moraleja: Nunca busques soluciones imposibles de realizar.

### **El gato y el gallo**

En el corral, un gallo fue apresado por un gato, que buscaba mil excusas para matarlo y comérselo.

-Te mataré- dijo el gato- porque eres un degenerado que en tu lujuria no respetas a tu madre ni a tus hermanas.

- No lo hago por lujuria- contestó el gallo- , sino para dar ganancia al amo con nuevos pollos y gallinas.

- No es mala excusa -respondió el gato-, pero no tan buena como para convencerme de que deba ayunar.

Moraleja: De nada sirven los razonamientos para hacer desistir a un corazón malvado.



### **El águila, la gata y la jabalina**

Una añosa y copuda encina daba cómodo albergue a un águila en su copa, a una gata en mitad de su tronco y a una jabalina y sus lechones en el hueco de su raíz. Pacíficamente vivían las tres familias al abrigo del árbol, hasta una mañana en que la gata, pérfida y astuta, subió hasta la copa y habló así al águila.

- En gran peligro estás, querida amiga. La jabalina no cesa de hozar en los terrenos que nos cercan, y presumo que se propone derribar nuestro árbol, para después comerse nuestros hijos cuando los halle en tierra. ¡ Hay que vivir vigilantes!

Y mientras el águila quedaba suspensa con semejante revelación, la jabalina escuchaba de la Gata enredosa el siguiente chisme:

- He hablado con el águila - le dijo -, y de sus palabras deduzco que acecha un momento en que te marches, para bajar y arrebatarte tus lechones. ¡Debes vivir con cautela! Águila y Jabalina resolvieron, en vista de las circunstancias, no abandonar ni un solo instante sus casas respectivas. Y como no salían a buscar víveres, el terror maternal les costó la vida. Cuando murieron, la gata y sus hijos se deleitaron con los despojos de aquellos que dieron oídos a cuentos de vengidad.

Las gentes que se dejan arrastrar a las disputas de los chismosos y demagogos son víctimas sin quererlo de su perversidad

### **El Gato y los gorriones**

Un gato y un gorrión trabaron estrecha amistad desde su más tierna infancia. Algunas veces, no obstante, incomodábase el segundo con el primero, pero el gato se limitaba a enseñar las uñas, y el asunto no tenía otras consecuencias.

Ocurrió cierto día que el Gorrión trabó conocimiento con otro individuo de su especie. Y como ambos eran de carácter pendenciero, se acalararon una vez y se batieron encarnizadamente. El amigo del Gato llevó la peor parte en aquella lucha, y ciego de cólera, rogó a su antiguo amigo que le vengaze. Hízolo así el Gato, echando la zarpa al Gorrión victorioso y engulléndoselo de dos bocados. Mas sucedió que al probar la carne de pajarillo, que olvidando por un momento los lazos y afectos de la infancia, se engulló seguidamente al gorrión amigo.

En cuestiones de familia no debe pedirse - a ser posible- la intervención de los extraños.

<http://www.odisea2008.com/2008/08/fabulas-de-esopo.html>

<http://www.aamefe.org/esopo.htm>

## El gato, el cuento y la novela: un viaje de ida y vuelta por los géneros literarios

Los animales, como figuras literarias, aparecen de modo preferente en dos géneros: el cuento y la fábula. En esta última, y desde la antigüedad clásica, los animales tienen el papel protagonista, aunque también de modo ocasional puedan representar plantas u objetos. Específico de la fábula es que los animales aparecen dotados de características y comportamientos humanos, y, aunque conservan rasgos animales, es siempre dentro de una tipificación tradicional, como puede ser la astucia del zorro, la voracidad del lobo o la estulticia del asno. Lo que en la fábula se cuenta es un caso breve, específico, que sirve como objeto de demostración de una enseñanza. Es decir, tiene una intencionalidad didáctica, en tanto que de ese caso singular, situado en el ámbito animal, aunque antropomorfizado, se extraen unas consecuencias generales aplicables por analogía al ámbito humano y, por tanto, válidas para él. Con otras palabras, los animales se utilizan explícitamente en este género literario con unos objetivos que se suponen útiles a los humanos. Algo en lo que la fábula, en lo literario, estaría en perfecta correspondencia con la relación que el humano establece en la vida real con los animales, que son utilizados con fines específicos para el hombre, como pueden ser proporcionarle alimento, calzado, pieles o compañía.

Muy distinta es la relación que se establece entre humanos y animales en el cuento. En el mundo maravilloso del cuento conviven como algo natural, sin que cause extrañeza, humanos, animales, plantas y objetos. Entre ellos no existe ningún tipo de fronteras: el gato ayuda al hijo del molinero a salir de su situación de miseria, el árbol cargado de manzanas pide a voces que se le sacuda para liberarle de su pesada carga y el pan a punto de quemarse reclama con la misma intensidad que se le saque del horno. En el mundo redondo y sin fisuras del cuento, en el que todo se desarrolla de acuerdo a un esquema fijo, no desaparecen sólo estas fronteras, sino en general todas las reglas de lo dado en el mundo real, ya sean espaciales, temporales o de causalidad. Lo que verdaderamente importa es que se cumpla la tendencia básica de todo cuento: que se restaure un orden temporalmente vulnerado y que el protagonista que emprende esa tarea se vea premiado por su esfuerzo en superar los obstáculos que le impiden alcanzar la meta deseada.

En esa carrera de obstáculos, el protagonista se topa con poderes mágicos que actúan a su favor o en su contra: hadas, animales que hablan, enanos, gigantes, ogros, brujas o dragones. Aparte de estos posibles y a menudo impensados aliados, el protagonista no cuenta para alcanzar sus objetivos más que con su despreocupación ante lo que le pueda ocurrir, su carácter resuelto y su firme decisión de lograr su propósito. Por lo demás, carece de rasgos psicológicos específicos y en general no necesita ningún requisito especial, ni personal ni social, para ser protagonista; como mucho, los rasgos negativos de la situación en la que se encuentra son los que parecen predestinarle para ejercer el papel principal. Sería el caso de Cenicienta, que, maltratada y marginada por su entorno

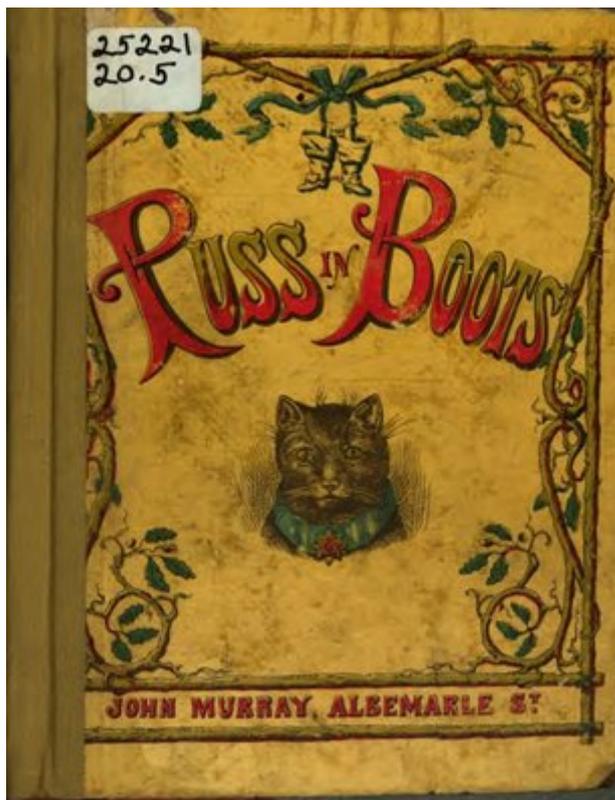
familiar, termina casándose con el príncipe. Pues el premio que obtiene el o la protagonista es en general la mano de un príncipe o una princesa, o riquezas o medio reino o un reino entero, o todo junto y a la vez.

Con ello parece cumplirse la opinión más generalizada sobre el cuento, según la cual se premia a los buenos y se castiga a los malos. Sólo que los «buenos» para lograr sus objetivos se sirven sin el menor reparo de medios que no son precisamente ejemplares, como por ej. Pulgarcito que responde a la protección de la mujer del ogro haciendo que éste deguelle a sus propias hijas. Y es que el mundo del cuento no se rige por criterios éticos, como tampoco está dirigido a servir de objeto de demostración de enseñanza alguna, a diferencia de la fábula.

En el cuento, personajes y acciones importan por sí mismos y lo que los guía es el impulso de recuperar ese equilibrio, esa redondez de la armonía que aparece inicialmente perdida y que al final ha de ser restaurada de modo indefectible según las reglas no escritas del acontecer en el cuento, dando lugar así a un conjunto de finales armoniosos y felices, en un mundo poético que nada tiene que ver con el de la realidad cotidiana.

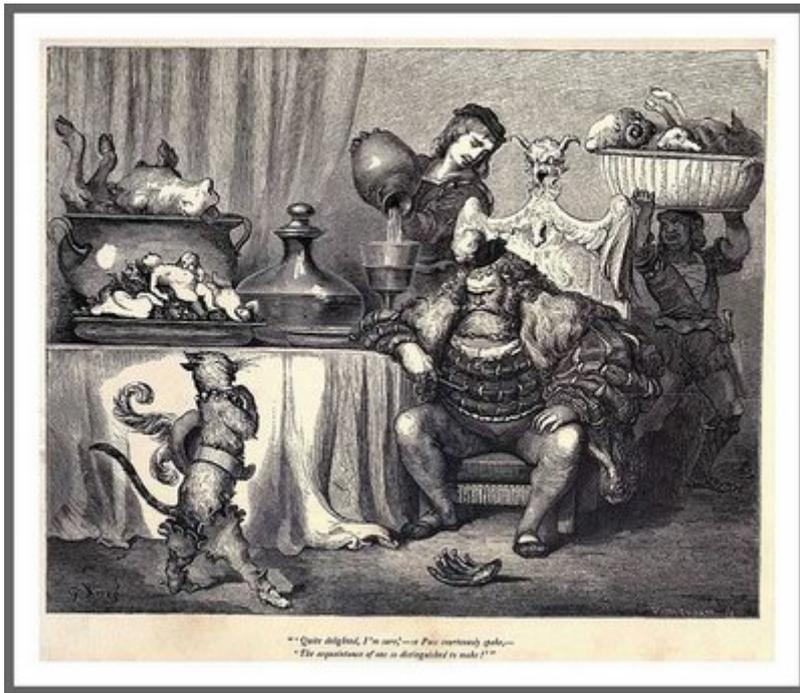
### **El gato con botas**

Un ejemplo de esta distancia respecto al mundo real, en lo que se refiere a la relación entre animales y humanos, lo encontramos en *El gato con botas* de Perrault. A finales del siglo XVII, en 1696, publica el escritor francés Charles Perrault su colección de ocho cuentos *Contes de ma mère l'Oye* que a partir de 1697 tendrán como título *Histoires ou Contes du temps passé, avec des moralités*. De los ocho, siete son cuentos populares conocidos en el ámbito europeo, que Perrault cuenta de modo sencillo, aunque no exento de cierta ironía. Entre ellos está *Le maître Chat ou le Chat botté*, traducido al castellano por *Micifuz el de las botas* en la primera edición de 1863, aunque más conocido como *El gato con botas*. De un modo inmediato, el comienzo del cuento nos pone ante una situación de desequilibrio: «Un molinero dejó al morir tres hijos, y por todo caudal un molino, un jumento y un gato. (...) El mayor se quedó con el molino, el otro con el burro, y al más chico le endosaron el gato, por aquello de que el último mono es el que se ahoga». La reacción del menor es la habitual del ser humano ante el animal en el mundo real: obtener de él el mayor provecho posible, es decir, comérselo y hacerse una gorra con la piel. El gato, que oye este discurso, responde a su amo con la mayor gravedad: «No se apure usted por tan poco, mi amo, que, o pierdo el nombre que tengo, o no ha de quedar usted descontento de su herencia». Así, el gato toma la iniciativa para corregir el desequilibrio inicial, con lo que, frente al propio beneficio como factor regulador de relaciones entre hombre y animal, se instala la convivencia sin fronteras de los seres animados e inanimados, propia del mundo maravilloso del cuento.



Provisto de un talego para cazar conejos y unas botas de cazador que le dan prestancia, consigue para su amo las posesiones del ogro y la mano de la habilidades específicamente gatunas, al convencer al ogro para que se transforme en un pequeño ratón que inmediatamente se zampa en dos bocados.

La subordinación del animal frente al hombre, que se establecía en las primeras líneas del cuento, se ve así superada y transformada en virtud de la actitud del gato. Con sus botas y su talego bien podría haber puesto pies en polvorosa ante el peligro que le amenazaba, pero, altruista como buen protagonista de cuento, emprende su aventura no en beneficio propio, sino en el de otro. Es verdad que también obtiene un premio al final: convertirse en un gran personaje y no volver a cazar ratones sino por afición y sólo para divertirse, pero la recompensa habitual del cuento, riqueza y princesa, es para el hijo del molinero. De esta manera, el gato establece un sistema de relaciones de igual a igual, en el que él asume de modo libre y altruista el riesgo para proporcionar al humano aquello de lo que carece, y con ello el papel activo frente al pasivo del amo. Desde la perspectiva de lo maravilloso, el cuento ofrece, pues, una contrapropuesta a las relaciones entre humanos y animales en la vida real.



### **El Kater Murr de Hoffmann**

El siguiente gato en nuestro recorrido es criatura de E. T. A. Hoffmann y lo encontramos en su novela *Lebensansichten des Katers Murr nebst fragmentarischer Biographie des Kapellmeisters Johannes Kreisler in zufälligen Makulaturblättern*, publicada en dos partes en 1819 y 1821 respectivamente. Dos son los protagonistas, el gato Murr y el músico Kreisler. Hoffmann, que firma como editor de la obra, nos ofrece en un prólogo la razón de este doble protagonismo. Requerido por un amigo para que se haga cargo de la edición del manuscrito del gato, Hoffmann entrega dicho manuscrito a la imprenta sin fijarse en que el gato ha dejado entre las páginas de su obra hojas arrancadas de un libro que contenía la biografía del músico y que Murr ha utilizado como papel secante o en el que apoyar su propio papel. El resultado es que estos fragmentos de la biografía de Kreisler aparecen intercalados entre las páginas del libro del gato, originando un «verworrenes Gemisch fremdartiger Stoffe durcheinander». Con este prólogo, el genio irónico de Hoffmann amplía y adorna la ficción tradicional del editor de obra ajena, dando a la mezcla de elementos heterogéneos una justificación que de hecho acentúa la falta de vinculación entre ellos.



Y, en efecto, todo parece corroborar esta heterogeneidad. Por lo que se refiere a los protagonistas, nos encontramos con dos caracteres opuestos en los que se refleja el conflicto personal de Hoffmann entre el arte y las circunstancias sociales de su vida y, como consecuencia, su visión dual del mundo. El gato Murr es el perfecto Philister, petulante, autosatisfecho, grandilocuente, pedantesco y corto de miras, deseoso de adaptarse a cualquier entorno, incluso aunque éste sea tan contra natura como el círculo de los perros. Por el contrario, el músico Kreisler es el artista romántico, exaltado, que sólo vive por y para su arte y que está preso en el conflicto irresoluble entre la aspiración a la belleza absoluta y una realidad social que rebaja la creación literaria al nivel ornamental o de consumo culinario.

Desde un punto de vista formal, las historias de los dos protagonistas tampoco tienen nada en común. El gato cuenta su vida en primera persona, mientras que la vida de Kreisler es narrada por un biógrafo. En virtud del vandalismo literario del gato, ambas tramas narrativas aparecen fragmentadas por la interposición de una en otra, pero en la parte de Murr se da entre los segmentos una continuidad sin fisuras. Por el contrario, la biografía de Kreisler aparece llena de vacíos y espacios sin aclarar, pues siempre, después de un corte, se reanuda en un punto diferente, careciendo así los distintos fragmentos de la conexión lógica en cualquier narración continuada. Y por último, el relato autobiográfico de Murr sigue una linealidad temporal desde el comienzo hasta el final, mientras que la parte de Kreisler comienza con la descripción de la fiesta de cumpleaños de la princesa, un acontecimiento que es anunciado al final de la obra, constituyéndose así en una estructura circular.

Pese a todo ello, el lector de la novela pronto advierte la íntima relación existente entre las dos partes y los dos protagonistas. En primer lugar, en base a la figura de Meister Abraham, el amo de Murr, que en la parte de Kreisler aparece como íntimo amigo de éste y privilegiado consejero del príncipe. Al comienzo de la novela, Meister Abraham cuenta a Kreisler cómo ha salvado al recién nacido gatito de ser ahogado, y al final de su autobiografía Murr menciona a Kreisler como la persona que se va a hacer cargo de él ante un próximo viaje de su amo. Sin embargo, la relación va más allá, en una serie de paralelismos evidentes en las situaciones que se nos narran de las dos vidas, aun cuando estos paralelismos no excluyan el contraste, poniéndose así nuevamente de manifiesto la oposición existente entre los dos protagonistas. El ejemplo más claro lo tenemos en el paralelismo principal entre los dos: Murr, el gato escritor, y el músico Kreisler tienen en común el ser artistas, aunque su oposición radica en el modo específico de serlo tú. Es decir, las dos partes de la novela, aparentemente sin la menor vinculación entre sí, tratan en definitiva el mismo tema: la posición del artista con respecto al arte y a la realidad social. Así, la diferencia entre el mundo fantástico y excéntrico de Kreisler y el mundo burgués y filisteo del gato corresponde a la oposición entre el arte verdadero y genuino y el pseudoarte convencional. La confrontación permanente de los dos ámbitos a lo largo de la obra encuentra, por otra parte, clara correspondencia en la constelación dual que encontramos generalmente en los cuentos de Hoffmann. En ellos, lo cotidiano y lo maravilloso, aunque opuestos, coexisten de modo inmediato, entrelazándose e interviniendo cada uno de los ámbitos en el otro.

¿Qué función tiene Murr en esta novela, pues? Ante todo, hay que decir que Murr es un gato literario, para bien y para mal. Para bien, porque Murr, según se nos cuenta, procede de la ilustre familia del gato con botas. Con ello Hoffmann alude al mundo intacto del cuento, pero también a la obra teatral del mismo título de Ludwig Tieck, en la que se muestra la imposible conciliación del mundo filisteo de los espectadores con el mundo maravilloso del cuento y la poesía, ya sólo ilusión, pero todavía existente en el arte. Para mal, porque su ambición literaria lleva a Murr no sólo a empacharse de lecturas y a hablar utilizando permanentemente citas, sino también a escribir su autobiografía en unas etapas cuyos títulos remiten al Bildungsroman: «die Monate der Jugend... «Lebenserfahrungen des Jünglings»... «die Lehrmonate» .... «die reiferen Monate des Mannes». Ahora bien, las vivencias que Murr estructura en la secuencia habitual de la novela de formación no dan lugar ni a que aprenda gran cosa ni a que cambie mucho en su personalidad.



Consciente de su genialidad, y hábil para adaptarse al medio, una vez que ha aprendido a leer y escribir, consigue sin problemas sentirse satisfecho con el mundo y sobre todo consigo mismo. Sus aventuras en el exterior —amor, matrimonio, asociaciones estudiantiles y aristocracia perruna— terminan siempre con su vuelta a la estufa o a los libros, y le sirven, como mucho, para escribir sobre sus experiencias. Aunque a veces puede también tratar un tema sin haberlo vivido, como ocurre con su libro sobre el lenguaje de los perros de aguas, escrito antes de haber aprendido dicho idioma. De forma que la vida de Murr reduce al absurdo al Bildungsroman, cuya estructura formal adopta, convirtiéndose así en una parodia de éste.

Es indudable que con ello Hoffmann está cuestionando la confianza en la formación del individuo para su integración armónica en el colectivo, confianza propia del periodo clásico, así como la adecuación del modelo literario del Bildungsroman al periodo histórico en el que él está viviendo, marcado por la disociación entre individuo y sociedad. De hecho, la sátira literaria que se lleva a cabo a través de la figura de Murr afecta a más corrientes contemporáneas, como puede ser la *Empfindsamkeit* o el *Geniekult*.

Por otra parte, anteriormente hemos visto que Murr representa también la parte filistea, convencional, autosatisfecha y acomodaticia de la sociedad. A ello habría que añadir la crítica que se realiza a distintos fenómenos del presente histórico social a través de las diversas aventuras del gato, ya se trate de la institución burguesa del matrimonio, la crítica política, apenas encubierta en la persecución de las asociaciones gatunas, o la sátira social del vacto mundo de la aristocracia perruna y del ridículo pequeño burgués que aspira a ser admitido en esos círculos.

Es decir, Murr parece tener en la novela una función satírica, tanto respecto a la literatura como respecto a la sociedad. Sin embargo, él no es el objeto primario de la crítica, sino el medio, el vehículo para el desvelamiento satírico de aquello que él imita y representa. Esta importante distinción es posible porque la figura de Murr no se agota, a diferencia de las figuras animales de la fábula, en su papel humano ni en su consiguiente función desveladora. Murr no es solamente un Bildungsphilister, sino que mantiene su condición de gato a lo largo de la novela. Una y otra vez, en medio de sus disquisiciones, aflora de modo incontenible su verdadera naturaleza gatuna, ya sea ante el aroma de un arenque o la posibilidad de cazar una paloma. Algo que el propio Murr expone con una ingenuidad espontánea y natural que desarma al más crítico lector de su pedantesca verborrea. Incluso el elevado idealismo de su pensamiento y poesía no es, en el fondo, sino un cómodo pretexto para refugiarse en los valores materiales de la estufa, las sopas de leche o los huesos de pollo. Este materialismo (con el que Hoffmann sin duda también critica su equivalente humano) da lugar de forma paradójica a una reconciliación con el animal, pues en él es un instinto natural, genuino, que destaca y se eleva sobre lo antinatural de lo imitado. Su animalidad es sinónimo de naturaleza intacta y no contaminada, en armonía consigo misma, mientras lo humano aparece no sólo alejado de la verdadera naturaleza (el mundo filisteo), sino inmerso en la profunda desarmonía del hombre consigo mismo y con la sociedad (el conflicto de Kreisler). Por otra parte, el contraste que se produce entre la naturaleza gatuna de Murr y su imitación del antinatural mundo humano está lleno de comicidad, provocando en el lector el efecto liberador de la risa e incrementando así el placer de disfrutar de esta fantástica, polifacética y singular figura por lo que ella es en sí misma.

El Kater Murr de Hoffmann no tuvo éxito en su época, ni fue entendido como exposición del conflicto del hombre moderno frente a una sociedad burguesa cada vez más deshumanizada. Lo que no quiere decir que la literatura en lengua alemana no diese cauce expresivo a esa progresiva deshumanización.

### **Spiegel, de Keller**

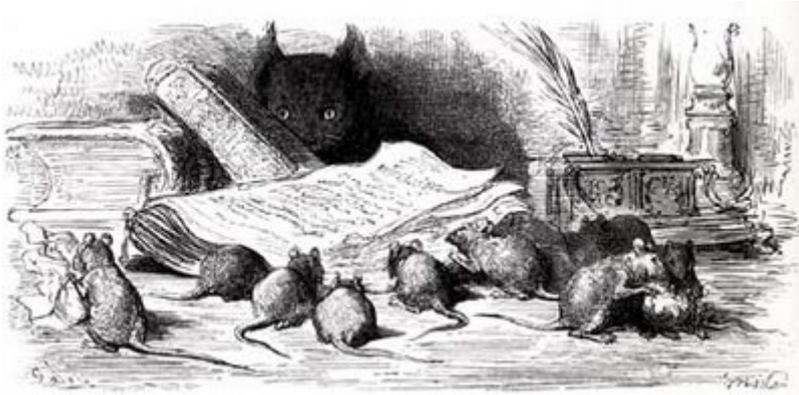
Como ejemplo de ello, teniendo nuevamente en cuenta el género literario en que se inscribe, tenemos otra obra con un gato como protagonista: *Spiegel, das Kätzchen. Ein Märchen de Gottfried Keller*, con la que el autor cierra el primer ciclo de la colección *Die Leute von Seldwyla*, publicada en 1855. En tanto que obra de autor, se trata de un Kunstmärchen, un género que se constituye con el modelo popular como referente implícito, un hecho que servirá de guía en las reflexiones respecto a la obra de Keller.



Spiegel es un gato listo y prudente que vive satisfecho y feliz con su ama y sólo interrumpe su apacible vida dos veces al año para recorrer los tejados más lejanos impulsado por su entusiasmo donjuanesco. Pero el ama muere y la vida de Spiegel da un vuelco. Sin hogar, sin comida, su estado físico empeora, y con él, el anímico. «Er wurde von Tag zu Tag magerer und zerzauster, dabei gierig, kriechend und feig; alí sein Mut, seine zierliche Katzenwürde, seine Vernunft und Philosophie waren dahin» Cuando el ánimo de Spiegel ha alcanzado su punto más bajo, aparece PineiB, el maestro brujo de la ciudad, y le propone un negocio. PineiB necesita para sus brujerías manteca de gato, pero ésta sólo es efectiva si se consigue "vertragsmäßig und freiwillig von den werten Herren Katzen". PineiB ofrece pues a Spiegel un trato: alimentarlo con mimo hasta que el gato vuelva a estar tan orondo que garantice al brujo una manteca excelente para sus hechizos. No hace falta decir que Spiegel se apresura a aceptar el acuerdo. Este PineiB es un personaje polifacético, cuyas actividades van desde sacar una muela y eliminar verrugas a arreglar el reloj de la iglesia, vender pimienta o prestar dinero con usura, y que sólo se dedica a la brujería. En casa de PineiB y con la buena alimentación, Spiegel va recobrando carnes y fuerzas y, con ellas, su agudeza e ingenio, según la misma ley materialista por la que anteriormente los había perdido. Viéndose ya ante el cuchillo de PineiB, el gato inventa una historia fantástica, con la que consigue despertar no sólo el interés del brujo, sino también su apetito erótico y su codicia hasta el punto de que PineiB está dispuesto a concederle la libertad si le ayuda a conseguir el oro escondido y a la hermosa joven. Spiegel así lo hace, sólo que el oro es un dinero maldito por haber sido conseguido ilegalmente, y la hermosa joven es en realidad una fea y vieja bruja que a partir del día de la boda con PineiB le hace la vida imposible.

Que se trata de un cuento está claro, no sólo porque así lo diga Keller, ni porque haya animales que hablan, requisitos maravillosos, y un brujo y una bruja, sino porque en el relato se cumple la ley básica del cuento: la restauración de un equilibrio temporalmente vulnerado. El en un principio listo y lustroso gato, posteriormente deslucido y acobardado, salva su vida y recobra la seguridad en sí mismo gracias a su astucia.

Como en *El gato con botas*, Keller enlaza así con la tradición del Schwankmärchen. En ambos casos, es el ingenio del protagonista el que resuelve la situación por medio del engaño, aprovechando las debilidades de los demás. Ahora bien, con diferencias sustanciales, no en vano se ha producido la consolidación de la sociedad burguesa en los ciento cincuenta años que separan el cuento de Perrault del de Keller.



Así, Keller no sitúa la acción en el tiempo ahistórico del cuento tradicional (érase una vez...), sino en un pasado en el que ya están presentes los rasgos del propio presente burgués, marcado por el poder del dinero. PineiB pretende sacar un beneficio de una situación extrema, por la que alguien está dispuesto a vender su propia vida, realizando a cambio una inversión a plazo fijo en la comida que le proporcionará la deseada manteca de gato. A su vez, el gato entra en este burdo juego capitalista, pero con la diferencia de que lo utiliza para liberarse de él. Así, contando con la codicia de PineiB, que como buen habitante de Seldwyla sólo piensa en el enriquecimiento fácil, consigue engañarle, pero no para obtener ningún beneficio material, sino para desmontar unos condicionamientos desde luego antigatunos, pero también antihumanos, que obligan a alguien a venderse a si mismo por necesidad. Y esto lo lleva a cabo Spiegel sobre todo por medio de la historia que inventa, es decir por medio de un acto comunicativo lleno de astucia, con el que atrapa a PineiB antes de que éste, externamente, quede atrapado por la bruja. En el espacio ahistórico del cuento de Perrault, estrechamente ligado al originario cuento popular, el gato se había limitado a inventar una nueva personalidad para su amo y dotarla de contenido. En las condiciones de un mundo regido por el dinero, la invención de Spiegel requiere, para su efectividad, de una mayor complejidad. Desde el punto de vista narrativo, en tanto que lo que Spiegel cuenta reúne los rasgos de una verdadera *Novelle*, que llega a ocupar casi un tercio de la obra. Desde un punto de vista psicológico, en tanto que Spiegel con su relato apunta certeramente a la codicia, como el apetito más desarrollado en el mundo capitalista, pero también al deseo erótico, como el apetito más reprimido en virtud de las normas de comportamiento de la sociedad burguesa.

La proyección en *Spiegel, das Kätzchen* de este presente burgués desde el que escribe Keller produce a su vez una profunda trastocación de sentido en otros elementos procedentes del cuento popular. Así, el premio por excelencia del cuento (también en *El gato con botas*), riquezas y hermosa princesa, se convierten ahora en sus opuestos:

castigo, dinero maldito y fea bruja. Por lo que se refiere a la figura protagonista, el gato con botas había emprendido su aventura de modo altruista para ayudar a su amo y compensar así el desequilibrado reparto de la herencia. Spiegel, en un mundo burgués regido por el individualismo, sólo se ayuda a sí mismo para liberarse de la situación a que le ha conducido su extrema necesidad.

Ahora bien, con ello Keller hace de Spiegel una figura distinta a las de los demás habitantes de Seldwyla, incapaces de salir, como expone Keller en la introducción al ciclo, del círculo vicioso de un capitalismo parasitario e improductivo. De hecho, en la descripción que el narrador hace del gato al comienzo del cuento, nos lo presenta como una figura muy superior al conjunto de los habitantes de Seldwyla. Spiegel se caracteriza por su mesura y ponderación, que se combina con la desenvuelta naturalidad de sus aventuras amorosas. La naturalidad del instinto erótico del gato se traslada irónicamente al mundo humano, apareciendo como una sana y sabia moral natural que contrasta con la insana represión sexual de la sociedad burguesa, que contribuirá a la perdición de PineiB. Spiegel posee en conjunto una saludable filosofía práctica del buen vivir en la que no aparecen ninguna de las lacras criticadas por Keller como características de los habitantes de Seldwyla. En algunos de los protagonistas de los otros relatos, estas lacras conduce a la destrucción, ya sea la propia (Die drei gerechten Kammacher) o la propia y la ajena (Romeo und Julia auf dem Donau); en el conjunto de la comunidad de Seldwyla dan lugar, como se apuntaba más arriba, a un círculo vicioso de improductividad y parasitismo inalterado desde hace siglos. Spiegel, por el contrario, por medio de su astuto enfrentamiento con PineiB y de su resuelta voluntad de salir del callejón sin salida en que se encuentra, consigue cambiar su situación mejorándola. Ciertamente, este cambio sólo le afecta a él, pero es más de lo que el colectivo de Seldwyla es capaz de hacer.

Keller, como ya se ha mencionado, ha situado el cuento de Spiegel al final del primer ciclo de *Die Leute von Seldwyla*, de modo semejante a Goethe, que había concluido sus *Unterhaltungen deutscher Ausgewanderten* con su famoso *Märchen*. En él, el clásico de Weimar planteaba, si bien en una dimensión utópica y abierta (el cuento constituye el final de la obra, sin que se regrese al marco narrativo), una solución a los problemas del presente plasmados en dicho marco narrativo. Por su parte, Keller ha situado su cuento después de cuatro Novellen en las que ha narrado cuán problemático es el presente de la ciudad. Es decir, tras la exposición del presente sitúa la de un pasado en el que ese presente ya está implícito, y en la que la figura del gato se destaca como una alternativa diferente a la de esos dos tiempos. En ese sentido, como animal fiel a su naturaleza, no contaminado con una determinada evolución social de los humanos, y también como protagonista de cuento, la figura de Spiegel adquiere, precisamente en esta posición final en el ciclo, una dimensión utópica, como una posibilidad abierta a un futuro diferente y mejor.

### **Conclusiones**

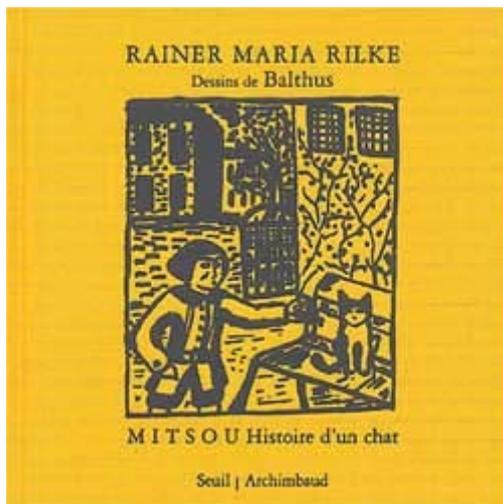
De los análisis realizados del gato con botas, del Murr de Hoffmann y del Spiegel de Keller se desprendería a mi juicio lo siguiente. En los tres casos, la figura del gato goza

de una identidad propia y una autonomía como figura literaria, que no se agotan en la función implícita que pueda tener con respecto al universo humano. Ciertamente, con distintos rasgos según el género y la época literaria. En el cuento de Perrault, tan próximo al modelo popular, como el protagonista altruista de una aventura encaminada a mejorar la situación de un desposeído, en un espacio temporal mágico, en el que animales y humanos conviven sin fronteras. En la novela de Hoffmann, como una fantástica y paradójica creación que, gracias a su condición gatuna, por un lado desvela cuán alejado de la verdadera naturaleza está el mundo burgués, y por otro introduce el impulso liberador de la naturaleza auténtica, presente en su animalidad. Y esto sobre el trasfondo de una sociedad burguesa que se está consolidando en base a la escisión del individuo, un tema, por otra parte, característico de la novela de la época moderna. En el cuento de Keller, por último, y con la trastocación de rasgos del cuento popular producida por el marco de la sociedad burguesa, aparece el gato como individuo superior que, a punto de sucumbir ante el principio del beneficio capitalista, utiliza astutamente los puntos débiles de este sistema no para entrar en el mismo juego, sino para liberarse de él. En un mundo en el que el individuo ha pasado a constituirse en mercancía, el animal ofrece una alternativa fantástica y utópica de transformación.

Los tres gatos tienen, pues, su propio perfil y su propio papel en cada una de las obras, lejos de la tipificación instrumental del animal en el género didáctico de la fábula. Ciertamente, dan que pensar e incluso se puede decir que cada uno de ellos presenta alternativas dignas de ser tenidas en cuenta por los humanos. Pero no quedan subsumidos pasivamente en esa función, como simples maniqués expositores de una enseñanza a modo de moraleja de fábula, sino que como figuras literarias plenas, autónomas y rebosantes de vitalidad constituyen un potencial en principio inagotable para la fantasía activa y el disfrute del lector.

Por Ana Pérez

## "Mitsou, historia de un gato": prefacio



“¿Quién conoce a los gatos? ¿Es posible, por ejemplo, que ustedes pretendan conocerlos? Reconozco que, para mí, su existencia no fue nunca más que una hipótesis bastante arriesgada. Los animales, ciertamente, para pertenecer a nuestro mundo, tienen que acomodarse un poco. Es preciso que consientan un tanto con nuestra manera de vivir, que la toleren; si no, medirán, bien hostiles, bien aprensivos, la distancia que los separa de nosotros y esa será entonces su manera de relacionarse.

Fíjense en los perros: su actitud confiada y admirativa es tal que algunos parecen haber renunciado a sus más antiguas tradiciones caninas para adorar nuestras prácticas y también nuestros errores. Es de hecho eso lo que los vuelve trágicos y sublimes. Su decisión de admitirnos les fuerza a vivir, por así decir, en los confines de su naturaleza, que traspasan constantemente con su mirada humanizada y su hocico nostálgico.



¿Pero cuál es la actitud de los gatos? Los gatos son gatos, simplemente, y su mundo es el mundo de los gatos de principio a fin. ¿Dirían que nos observan? Pero, ¿se ha sabido alguna vez con certeza si realmente se dignan a fijar por un instante nuestra vana imagen en el fondo de su retina? ¿Podría ser que nos devuelvan, al mirarnos, simplemente un mágico desaire de sus pupilas para siempre completas? Es cierto que

algunos de nosotros nos dejamos influir por sus caricias zalameras y eléctricas. Pero recordemos la extraña y brusca distracción con la que nuestro animal favorito pone a menudo fin a las efusiones que hubiéramos creído recíprocas. Incluso aquellos privilegiados a quienes los gatos admiten a su lado son rechazados y negados muchas veces y, mientras continúan estrechando contra su pecho al animal misteriosamente apático, se sienten detenidos en la frontera de ese mundo que es el mundo de los gatos, un mundo en el que sólo ellos habitan, rodeados de circunstancias que ninguno de nosotros podría adivinar. ¿Fue el hombre alguna vez su contemporáneo? Lo dudo. Y les garantizo que, a veces, en el crepúsculo, el gato del vecino salta a través de mi cuerpo, ignorándome, o para demostrar a las cosas confundidas que no existo en absoluto.

¿Hago mal, dirán, al mezclarles en estas reflexiones, queriendo al mismo tiempo guiarles hacia la historia que mi pequeño amigo Baltusz les va a contar? Él la dibuja sin palabras, es cierto, pero sus imágenes bastarán con creces para satisfacer su curiosidad. ¿Por qué iba yo a repetirlas bajo otra forma? Prefiero añadir aquello que él no dice. Resumamos no obstante la historia:



Baltusz (creo que tenía diez años en aquella época) encuentra a un gato. Eso ocurre en el castillo de Nyon que, seguramente, ustedes conocen. Se le permite llevarse su pequeño hallazgo tembloroso, y ahí le tenemos viajando con él. En el barco, en la llegada a Ginebra, en Molard, en el tranvía. Introduce a su nuevo camarada en la vida hogareña, lo domestica, lo mima, lo ama. Mitsou se presta, alegremente, a las condiciones que se le proponen, rompiendo de vez en cuando la monotonía de la casa con alguna improvisación traviesa e ingenua. ¿Encuentran exagerado que su amo, al pasearlo, le lleve atado con una burda cuerda? Es que desconfía de todas las fantasías que cruzan por ese corazón de gato, imán, pero desconocido y aventurero. Sin embargo, se equivoca. Incluso el peligroso traslado se lleva a cabo sin ningún accidente, y el pequeño animal caprichoso se adapta al nuevo medio con una docilidad divertida. Luego, de repente, desaparece. La casa se alarma; pero, alabado sea Dios, no es grave esta vez: encuentran a Mitsou en medio del césped, y Baltusz, lejos de reprender a su desertor, lo instala sobre los tubos de la benéfica estufa. Experimentarán lo mismo que yo, supongo, la calma, la plenitud que sigue a esta angustia. Desgraciadamente, no es más que una tregua. La navidad se presenta a veces demasiado seductora. Se comen tartas, un poco sin medida; se cae enfermo. Y para sanar, se duerme. Mitsou, aburrido con tu sueño demasiado largo, en vez de despertarte,

se escapa. ¡Qué susto! Afortunadamente, Baltusz se encuentra lo suficientemente reestablecido como para lanzarse a la búsqueda del fugitivo. Comienza arrastrándose bajo su cama: nada. ¿No les parece que muestra mucho valor? Completamente solo, baja al sótano, con una vela que, en señal de investigación, se lleva a continuación por todas partes, al jardín, a la calle: ¡nada! Observen su pequeña figura solitaria: ¿Quién lo abandonó? ¿Es un gato? ¿Se consolará con el retrato de Mitsou que su padre estaba comenzando a bosquejar? No; el presentimiento estaba ahí dentro, ¡y la pérdida había comenzado Dios sabe cuándo! Es definitivo, es inevitable. Vuelve a entrar. Lloro. Les muestra las lágrimas en sus dos manos: Obsérvenlas bien.

He aquí la historia. El artista la ha contado mejor que yo. ¿Qué me queda aún por decir? Poco. Encontrar una cosa es siempre divertido; un momento antes no está. Pero encontrar a un gato: ¡es inaudito! Porque ese gato, han de reconocer, no entra nunca totalmente en su vida, como haría, por ejemplo, un juguete cualquiera; mientras les pertenece, se queda un poco fuera, y eso es lo que hace siempre: la vida + un gato, lo



que resulta, les aseguro, en una suma enorme.

Perder una cosa es muy triste. Podemos suponer que será difícil recuperarla, que se ha roto en alguna parte, que termina en la basura. Pero perder a un gato: ¡No! no está permitido. Nunca nadie ha perdido a un gato. ¿Es posible perder a un gato, una cosa viva, un ser vivo, una vida? Si perder una vida: ¡es la muerte!

Sí, es la muerte.

Encontrar. Perder. ¿Acaso han reflexionado detenidamente acerca de qué es la pérdida? No es la simple negación de ese instante generoso que vino a colmar una espera que ni siquiera ustedes mismos sospechaban. Porque entre ese instante y la pérdida hay siempre lo que se llama –reconozco que con bastante torpeza- la posesión.

Ahora bien, la pérdida, por muy cruel que sea, no puede nada contra la posesión, termina con ella, si quieren; la afirma; en el fondo, no es sino una segunda adquisición, ahora interior y de una intensidad distinta.



Tú lo has sentido, Baltusz; al no ver más a Mitsou, has llegado a verlo aún más. ¿Vive aún? Sobrevive en ti, y su alegría de pequeño gato despreocupado, después de haberte entretenido, te compromete: tuviste que expresarlo con los medios de tu laboriosa tristeza. Por ello, un año después, te he encontrado crecido y consolado. He compuesto la primera parte –un poco caprichosa– de este prólogo para todos los que, sin embargo, te verán para siempre desconsolado al final de esta obra. Para poder decirles: "Estén tranquilos: yo soy. Baltusz existe. Nuestro mundo es sólido. No hay gatos.

RAINER MARIA RILKE En el castillo de Berg-am-Irchel, noviembre de 1920  
Rainer Maria Rilke, Balthus (1921), Mitsou, Histoire d'un chat. Seuil/Archimbaud, 2004, pp. 17-22.

## Los gatos de Ulthar

Se dice que en Ulthar, que se encuentra más allá del río Skai, ningún hombre puede matar a un gato; y ciertamente lo puedo creer mientras contemplo a aquel que descansa ronroneando frente al fuego. Porque el gato es críptico, y cercano a aquellas cosas extrañas que el hombre no puede ver. Es el alma del antiguo Egipto, y el portador de historias de ciudades olvidadas en Meroe y Ophir. Es pariente de los señores de la selva, y heredero de los secretos de la remota y siniestra Africa. La Esfinge es su prima, y él habla su idioma; pero es más antiguo que la Esfinge y recuerda aquello que ella ha olvidado.

En Ulthar, antes de que los ciudadanos prohibieran la matanza de los gatos, vivía un viejo campesino y su esposa, quienes se deleitaban en atrapar y asesinar a los gatos de los vecinos. Por qué lo hacían, no lo sé; excepto que muchos odian la voz del gato en la noche, y les parece mal que los gatos corran furtivamente por patios y jardines al atardecer. Pero cualquiera fuera la razón, este viejo y su mujer se deleitaban atrapando y matando a cada gato que se acercara a su cabaña; y, a partir de los ruidos que se escuchaban después de anochecer, varios lugareños imaginaban que la manera de asesinarlos era extremadamente peculiar. Pero los aldeanos no discutían estas cosas con el viejo y su mujer; debido a la expresión habitual de sus marchitos rostros, y porque su cabaña era tan pequeña y estaba tan oscuramente escondida bajo unos desparramados robles en un descuidado patio trasero. La verdad era, que por más que los dueños de los gatos odiaran a estas extrañas personas, les temían más; y, en vez de confrontarlos como asesinos brutales, solamente tenían cuidado de que ninguna mascota o ratonero apreciado, fuera a desviarse hacia la remota cabaña, bajo los oscuros árboles. Cuando por algún inevitable descuido algún gato era perdido de vista, y se escuchaban ruidos después del anochecer, el perdedor se lamentaría impotente; o se consolaría agradeciendo al Destino que no era uno de sus hijos el que de esa manera había desaparecido. Pues la gente de Ulthar era simple, y no sabían de dónde vinieron todos los gatos.



Un día, una caravana de extraños peregrinos procedentes del Sur entró a las estrechas y empedradas calles de Ulthar. Oscuros eran aquellos peregrinos, y diferentes a los otros vagabundos que pasaban por la ciudad dos veces al año. En el mercado vieron la fortuna a cambio de plata, y compraron alegres cuentas a los mercaderes. Cuál era la tierra de estos peregrinos, nadie podía decirlo; pero se les vio entregados a extrañas oraciones, y que habían pintado en los costados de sus carros extrañas figuras, de cuerpos humanos con cabezas de gatos, águilas, carneros y leones. Y el líder de la caravana llevaba un tocado con dos cuernos, y un curioso disco entre los cuernos.

En esta singular caravana había un niño pequeño sin padre ni madre, sino con sólo un gatito negro a quien cuidar. La plaga no había sido generosa con él, mas le había dejado esta pequeña y peluda cosa para mitigar su dolor; y cuando uno es muy joven, uno puede encontrar un gran alivio en las vivaces travesuras de un gatito negro. De esta forma, el niño, al que la gente oscura llamaba Menes, sonreía más frecuentemente de lo que lloraba mientras se sentaba jugando con su gracioso gatito en los escalones de un carro pintado de manera extraña.

Durante la tercera mañana de estadía de los peregrinos en Ulthar, Menes no pudo encontrar a su gatito; y mientras sollozaba en voz alta en el mercado, ciertos aldeanos le contaron del viejo y su mujer, y de los ruidos escuchados por la noche. Y al escuchar esto, sus sollozos dieron paso a la reflexión, y finalmente a la oración. Estiró sus brazos hacia el sol y rezó, en un idioma que ningún aldeano pudo entender; aunque no se esforzaron mucho en hacerlo, pues su atención fue absorbida por el cielo y por las formas extrañas que las nubes estaban asumiendo. Esto era muy peculiar, pues mientras el pequeño niño pronunciaba su petición, parecían formarse arriba las figuras sombrías

y nebulosas de cosas exóticas; de criaturas híbridas coronadas con discos de costados astados. La naturaleza está llena de ilusiones como esa para impresionar al imaginativo. Aquella noche los errantes dejaron Ulthar, y no fueron vistos nunca más. Y los dueños de casa se preocuparon al darse cuenta que en toda la villa, no había ningún gato. De cada hogar el gato familiar había desaparecido; los gatos pequeños y los grandes, negros, grises, rayados, amarillos y blancos. Kranon el Anciano, el burgomaestre, juró que la gente siniestra se había llevado a los gatos como Nombre del libro o cuento autor del libro o cuento venganza por la muerte del gatito de Menes, y maldijo a la caravana y al pequeño niño. Pero Nith, el enjuto notario, declaró que el viejo campesino y su esposa eran probablemente los más sospechosos; pues su odio por los gatos era notorio y, con creces, descarado. Pese a esto, nadie osó a quejarse ante la dupla siniestra; a pesar de que Atal, el hijo del posadero, juró que había visto a todos los gatos de Ulthar al atardecer en aquel patio maldito bajo los árboles, caminando en círculos lenta y solemnemente alrededor de la cabaña, dos en una línea, como realizando algún rito de las bestias, del que nada se ha oído. Los aldeanos no supieron cuánto creer de un niño tan pequeño; y aunque temían que el malvado par había hechizado a los gatos hacia su muerte, preferían no confrontar al viejo campesino hasta encontrárselo afuera de su oscuro y repelente patio.

De este modo, Ulthar se durmió, en un infructuoso enfado; y cuando la gente despertó al amanecer - ¡He aquí que cada gato estaba de vuelta en su acostumbrado fogón! Grandes y pequeños, negros, grises, rayados, amarillos y blancos, ninguno faltaba. Aparecieron muy brillantes y gordos, y sonoros con ronroneante satisfacción. Los ciudadanos comentaban unos con otros sobre el suceso, y se maravillaban no poco. Kranon el Anciano nuevamente insistió que era la gente siniestra quien se los había llevado, puesto que los gatos no volvían con vida de la cabaña del viejo y su mujer. Pero todos estuvieron de acuerdo en una cosa: que la negativa de todos los gatos a comer sus porciones de carne o a beber de sus platillos de leche, era extremadamente curiosa. Y durante dos días enteros los gatos de Ulthar, brillantes y lánguidos, no tocaron su comida, sino que solamente dormitaron ante el fuego o bajo el sol.



Pasó una semana entera antes de que los aldeanos notaran que, en la cabaña bajo los árboles, no se prendían luces al atardecer. Luego, en enjuto Nith recalcó que nadie había visto al viejo y a su mujer desde la noche en que los gatos estuvieron fuera. La semana siguiente, el burgomaestre decidió vencer sus miedos y llamar a la silenciosa morada, como un asunto del deber, aunque fue cuidadoso de llevar consigo, como testigos, a Shang, el herrero, y a Thul, el cortador de piedras. Y cuando hubieron echado abajo la frágil puerta sólo encontraron lo siguiente: dos esqueletos humanos limpiamente descarnados sobre el suelo de tierra, y una variedad de singulares insectos arrastrándose por las esquinas sombrías.

Posteriormente hubo mucho que comentar entre los ciudadanos de Ulthar. Zath, el forense, discutió largamente con Nith, el enjuto notario; y Kranon y Shang y Thul fueron abrumados con preguntas. Incluso el pequeño Atal, el hijo del posadero, fue detenidamente interrogado y, como recompensa, le dieron una fruta confitada. Hablaron del viejo campesino y su esposa, de la caravana de siniestros peregrinos, del pequeño Menes y de su gatito negro, de la oración de Menes y del cielo durante aquella plegaria, de los actos de los gatos la noche en que se fue la caravana, o de lo que luego se encontró en la cabaña bajo los árboles, en aquel repugnante patio.

Y, finalmente, los ciudadanos aprobaron aquella extraordinaria ley, la que es referida por los mercaderes en Hatheg y discutida por los viajeros en Nir, a saber, que en Ulthar ningún hombre puede matar a un gato.

*H. P. Lovecraft Escrito el 15 de junio de 1920.*

*Publicado en Noviembre de 1920 en The Tryout, Vol. 6, No. 11, p. 3-9*

## El gato que caminaba solo



Sucedieron estos hechos que voy a contarte, oh, querido mío, cuando los animales domésticos eran salvajes. El Perro era salvaje, como lo eran también el Caballo, la Vaca, la Oveja y el Cerdo, tan salvajes como pueda imaginarse, y vagaban por la húmeda y salvaje espesura en compañía de sus salvajes parientes; pero el más salvaje de todos los animales salvajes era el Gato. El Gato caminaba solo y no le importaba estar aquí o allá.

También el Hombre era salvaje, claro está. Era terriblemente salvaje. No comenzó a domesticarse hasta que conoció a la Mujer y ella repudió su montaraz modo de vida. La Mujer escogió para dormir una bonita cueva sin humedades en lugar de un montón de hojas mojadas, y esparció arena limpia sobre el suelo, encendió un buen fuego de leña al fondo de la cueva y colgó una piel de Caballo Salvaje, con la cola hacia abajo, sobre la entrada; después dijo:

- Límpiame los pies antes de entrar; de ahora en adelante tendremos un hogar.

Esa noche, querido mío, comieron Cordero Salvaje asado sobre piedras calientes y sazonado con ajo y pimienta silvestres, y Pato Salvaje relleno de arroz silvestre, y alholva y cilantro silvestres, y tuétano de Buey Salvaje, y cerezas y granadillas silvestres. Luego, cuando el Hombre se durmió más feliz que un niño delante de la hoguera, la Mujer se sentó a cardar lana. Cogió un hueso del hombro de cordero, la gran paletilla plana, contempló los portentosos signos que había en él, arrojó más leña al fuego e hizo un conjuro, el primer Conjuro Cantado del mundo.

En la húmeda y salvaje espesura, los animales salvajes se congregaron en un lugar desde donde se alcanzaba a divisar desde muy lejos la luz del fuego y se preguntaron qué podría significar aquello.

Entonces Caballo Salvaje golpeó el suelo con la pezuña y dijo:

- Oh, amigos y enemigos míos, ¿por qué han hecho esa luz tan grande el Hombre y la Mujer en esa enorme cueva? ¿cómo nos perjudicará a nosotros?

Perro Salvaje alzó el morro, olfateó el aroma del asado de cordero y dijo:

- Voy a ir allí, observaré todo y me enteraré de lo que sucede, y me quedaré, porque creo que es algo bueno. Acompáñame, Gato.

- ¡ Ni hablar! - replicó el Gato - . Soy el Gato que camina solo y a quien no le importa estar aquí o allá. No pienso acompañarte.

- Entonces nunca volveremos a ser amigos - apostilló Perro Salvaje, y marchóse trotando hacia la cueva.

Pero cuando el Perro se hubo alejado un corto trecho, el Gato se dijo a si mismo:

- Si no me importa estar aquí o allá, ¿por qué no he de ir allí para observarlo todo y enterarme de lo que sucede y después marcharme?

De manera que siguió al Perro con mucho, muchísimo sigilo, y se escondió en un lugar desde donde podría oír todo lo que se dijera.

Cuando Perro Salvaje llegó a la boca de la cueva, levantó ligeramente la piel de Caballo con el morro y husmeó el maravilloso olor del cordero asado. La Mujer lo oyó, se rió y dijo:

- Aquí llega la primera criatura salvaje de la salvaje espesura. ¿Qué deseas?

- Oh, enemiga mía y esposa de mi enemigo, ¿qué es eso que tan buen aroma desprende en la salvaje espesura? - preguntó Perro Salvaje.

Entonces la Mujer cogió un hueso de cordero asado y se lo arrojó a Perro Salvaje diciendo:

- Criatura salvaje de la salvaje espesura, si ayudas a mi Hombre a cazar de día y a vigilar esta cueva de noche, te daré tantos huesos asados como quieras.

- ¡Ah! - exclamó el Gato al oírla - , esta Mujer es muy sabia, pero no tan sabia como yo.

Perro Salvaje entró a rastras en la cueva, recostó la cabeza en el regazo de la Mujer y dijo:

- Oh, amiga mía y esposa de mi amigo, ayudaré a tu Hombre a cazar durante el día y de noche vigilaré vuestra cueva.

- ¡Ah! - repitió el Gato, que seguía escuchando - , este Perro es un verdadero estúpido.

Y se alejó por la salvaje y húmeda espesura meneando la cola y andando sin otra compañía que su salvaje soledad. Pero no le contó nada a nadie.

Al despertar por la mañana, el Hombre exclamo:

- ¿Qué hace aquí Perro Salvaje?

- Ya no se llama Perro Salvaje - le corrigió la Mujer - , sino Primer Amigo, porque va a ser nuestro amigo por los siglos de los siglos. Llévalo contigo cuando salgas de caza.

La noche siguiente la Mujer cortó grandes brazadas de hierba fresca de los prados y las secó junto al fuego, de manera que olieran como heno recién segado; luego tomó asiento a la entrada de la cueva y trenzó una soga con una piel de caballo; después se quedó mirando el hueso de hombro de cordero, la enorme paletilla, e hizo un conjuro, el segundo Conjuro Cantado del mundo.

En la salvaje espesura, los animales salvajes se preguntaban qué le habría ocurrido a Perro Salvaje. Finalmente, Caballo Salvaje golpeó el suelo con la pezuña y dijo:

- Iré a ver por qué Perro Salvaje no ha regresado. Gato, acompáñame.

- ¡ Ni hablar! - respondió el Gato - . Soy el Gato que camina solo y a quien no le importa estar aquí o allá. No pienso acompañarte.

Sin embargo, siguió a Caballo Salvaje con mucho, muchísimo sigilo, y se escondió en un lugar desde donde podría oír todo lo que se dijera.

Cuando la Mujer oyó a Caballo Salvaje dando traspiés y tropezando con sus largas crines, se rió y dijo:

- Aquí llega la segunda criatura salvaje de la salvaje espesura. ¿Qué deseas?

- Oh, enemiga mía y esposa de mi enemigo - respondió Caballo Salvaje - , ¿dónde está Perro Salvaje?

La Mujer se rió, cogió la paletilla de cordero, la observó y dijo:

- Criatura salvaje de la salvaje espesura, no has venido buscando a Perro Salvaje, sino porque te ha atraído esta hierba tan rica.

Y dando traspiés y tropezando con sus largas crines, Caballo Salvaje dijo:

- Es cierto, dame de comer de esa hierba.

- Criatura salvaje de la salvaje espesura - repuso la Mujer - , inclina tu salvaje cabeza, ponte esto que te voy a dar y podrás comer esta maravillosa hierba tres veces al día.

- ¡Ah! - exclamó el Gato al oírla - , esta Mujer es muy lista, pero no tan lista como yo.

Caballo Salvaje inclinó su salvaje cabeza y la Mujer le colocó la trenzada soga de piel en torno al cuello. Caballo Salvaje relinchó a los pies de la Mujer y dijo:

- Oh, dueña mía y esposa de mi dueño, seré tu servidor a cambio de esa hierba maravillosa.
- ¡Ah! - repitió el Gato, que seguía escuchando - , ese Caballo es un verdadero estúpido.

Y se alejó por la salvaje y húmeda espesura meneando la cola y andando sin otra compañía que su salvaje soledad.

Cuando el Hombre y el Perro regresaron después de la caza, el Hombre preguntó:

- ¿Qué está haciendo aquí Caballo Salvaje?
- Ya no se llama Caballo Salvaje - replicó la Mujer - , sino Primer Servidor, porque nos llevará a su grupa de un lado a otro por los siglos de los siglos. Llévalo contigo cuando vayas de caza.

Al día siguiente, manteniendo su salvaje cabeza enhiesta para que sus salvajes cuernos no se engancharan en los árboles silvestres, Vaca Salvaje se aproximó a la cueva, y el Gato la siguió y se escondió como lo había hecho en las ocasiones anteriores; y todo sucedió de la misma forma que las otras veces; y el Gato repitió las mismas cosas que había dicho antes, y cuando Vaca Salvaje prometió darle su leche a la Mujer día tras día a cambio de aquella hierba maravillosa, el Gato se alejó por la salvaje y húmeda espesura, caminando solo como era su costumbre.

Y cuando el Hombre, el Caballo y el Perro regresaron a casa después de cazar y el Hombre formuló las mismas preguntas que en las ocasiones anteriores, la Mujer dijo:

- Ya no se llama Vaca Salvaje, sino Donante de Cosas Buenas. Nos dará su leche blanca y tibia por los siglos de los siglos, y yo cuidaré de ella mientras vosotros tres salís de caza.

Al día siguiente, el Gato aguardó para ver si alguna otra criatura salvaje se dirigía a la cueva, pero como nadie se movió, el Gato fue allí solo, y vio a la Mujer ordeñando a la Vaca, y vio la luz del fuego en la cueva, y olió el aroma de la leche blanca y tibia.

- Oh, enemiga mía y esposa de mi enemigo - dijo el Gato - , ¿a dónde ha ido Vaca Salvaje?

La Mujer rió y respondió:

- Criatura salvaje de la salvaje espesura, regresa a los bosques de donde has venido, porque ya he trenzado mi cabello y he guardado la paletilla, y no nos hacen falta más amigos ni servidores en nuestra cueva.
- No soy un amigo ni un servidor - replicó el Gato - . Soy el Gato que camina solo y

quiero entrar en vuestra cueva.

- ¿Por qué no viniste con Primer Amigo la primera noche? - preguntó la Mujer.
- ¿Ha estado contando chismes sobre mí Perro Salvaje? - inquirió el Gato, enfadado.

Entonces la Mujer se rió y respondió:

- Eres el Gato que camina solo y a quien no le importa estar aquí o allá. No eres un amigo ni un servidor. Tú mismo lo has dicho. Márchate y camina solo por cualquier lugar.

Fingiendo estar compungido, el Gato dijo:

- ¿Nunca podré entrar en la cueva? ¿Nunca podré sentarme junto a la cálida lumbre? ¿Nunca podré beber la leche blanca y tibia? Eres muy sabia y muy hermosa. No deberías tratar con crueldad ni siquiera a un gato.
- Que era sabia no me era desconocido, mas hasta ahora no sabía que fuera hermosa. Por eso voy a hacer un trato contigo. Si alguna vez te digo una sola palabra de alabanza, podrás entrar en la cueva.
- ¿Y si me dices dos palabras de alabanza? - preguntó el Gato.
- Nunca las diré - repuso la Mujer - , mas si te dijera dos palabras de alabanza, podrías sentarte en la cueva junto al fuego.
- ¿Y si me dijeras tres palabras? - insistió el Gato.
- Nunca las diré - replicó la Mujer - , pero si llegara a decirlas, podrías beber leche blanca y tibia tres veces al día por los siglos de los siglos.

Entonces el Gato arqueó el lomo y dijo:

- Que la cortina de la entrada de la cueva y el fuego del rincón del fondo y los cántaros de leche que hay junto al fuego recuerden lo que ha dicho mi enemiga y esposa de mi enemigo - y se alejó a través de la salvaje y húmeda espesura meneando su salvaje rabo y andando sin más compañía que su propia y salvaje soledad

Por la noche, cuando el Hombre, el Caballo y el Perro volvieron a casa después de la caza, la Mujer no les contó el trato que había hecho, pensando que tal vez no les parecería bien.

El Gato se fue lejos, muy lejos, y se escondió en la salvaje y húmeda espesura sin más compañía que su salvaje soledad durante largo tiempo, hasta que la Mujer se olvidó de él por completo. Sólo el Murciélago, el pequeño Murciélago Cabezabajo que colgaba del techo de la cueva sabía dónde se había escondido el Gato y todas las noches volaba hasta allí para transmitirle las últimas novedades.

Una noche el Murciélago dijo:

- Hay un Bebé en la cueva. Es una criatura recién nacida, rosada, rolliza y pequeña, y a la Mujer le gusta mucho.

- Ah - dijo el Gato, sin perderse una palabra - , pero ¿qué le gusta al Bebé?

- Al Bebé le gustan las cosas suaves que hacen cosquillas - respondió el Murciélago - . Le gustan las cosas cálidas a las que puede abrazarse para dormir Le gusta que jueguen con él. Le gustan todas esas cosas.

- Ah - concluyó el Gato - , entonces ha llegado mi hora.

La noche siguiente, el Gato atravesó la salvaje y húmeda espesura y se ocultó muy cerca de la cueva a la espera de que amaneciera. Al alba, la mujer se afanaba en cocinar y el Bebé no cesaba de llorar ni de interrumpirla; así que lo sacó fuera de la cueva y le dio un puñado de piedrecitas para que jugara con ellas. Pero el Bebé continuó llorando. Entonces el Gato extendió su almohadillada pata y le dio unas palmaditas en la mejilla, y el Bebé hizo gorgoritos; luego el Gato se frotó contra sus rechonchas rodillas y le hizo cosquillas con el rabo bajo la regordeta barbilla. Y el Bebé rió; al oírlo, la Mujer sonrió. Entonces el Murciélago, el pequeño Murciélago Cabezabajo que estaba colgado a la entrada de la cueva dijo:

- Oh, anfitriona mía, esposa de mi anfitrión y madre de mi anfitrión, una criatura salvaje de la salvaje espesura está jugando con tu Bebé y lo tiene encantado.

- Loada sea esa criatura salvaje, quienquiera que sea - dijo la Mujer enderezando la espalda - , porque esta mañana he estado muy ocupada y me ha prestado un buen servicio.

En ese mismísimo instante, querido mío, la piel de caballo que estaba colgada con la cola hacia abajo a la entrada de la cueva cayó al suelo... ¡Cómo así!... porque la cortina recordaba el trato, y cuando la Mujer fue a recogerla... ¡hete aquí que el Gato estaba confortablemente sentado dentro de la cueva!

- Oh, enemiga mía, esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo - dijo el Gato - , soy yo, porque has dicho una palabra elogiándome y ahora puedo quedarme en la cueva por los siglos de los siglos. Mas sigo siendo el Gato que camina solo y a quien no le importa estar aquí o allá.

Muy enfadada, la Mujer apretó los labios, cogió su rueca y comenzó a hilar.

Pero el Bebé rompió a llorar en cuanto el Gato se marchó; la Mujer no logró apaciguarlo y él no cesó de revolverse ni de patalear hasta que se le amorató el semblante.

- Oh, enemiga mía, esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo - dijo el Gato - , coge una hebra del hilo que estás hilando y átalala al huso, luego arrastra éste por el suelo y te enseñaré un truco que hará que tu Bebé ría tan fuerte como ahora está llorando.

- Voy a hacer lo que me aconsejas - comentó la Mujer - , porque estoy a punto de volverme loca, pero no pienso darte las gracias.

Ató la hebra al pequeño y panzudo huso y empezó a arrastrarlo por el suelo. El Gato se lanzó en su persecución, lo empujó con las patas, dio una voltereta y lo tiró hacia atrás por encima de su hombro; luego lo arrinconó entre sus patas traseras, fingió que se le escapaba y volvió a abalanzarse sobre él. Viéndole hacer estas cosas, el Bebé terminó por reír tan fuerte como antes llorara, gateó en pos de su amigo y estuvo retozando por toda la cueva hasta que, ya fatigado, se acomodó para descabezar un sueño con el Gato en brazos.

- Ahora - dijo el Gato - le voy a cantar A Bebé una canción que le mantendrá dormido durante una hora.

Y comenzó a ronronear subiendo y bajando el tono hasta que el Bebé se quedó profundamente dormido. contemplándolos, la Mujer sonrió y dijo:

- Has hecho una labor estupenda. No cabe duda de que eres muy listo, oh, Gato.

En ese preciso instante, querido mío, el humo de la fogata que estaba encendida al fondo de la cueva descendió desde el techo cubriéndolo todo de negros nubarrones, porque el humo recordaba el trato, y cuando se disipó, hete aquí que el Gato estaba cómodamente sentado junto al fuego.

- Oh, enemiga mía, esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo - dijo el Gato - , aquí me tienes, porque me has elogiado por segunda vez y ahora podré sentarme junto al cálido fuego del fondo de la cueva por los siglos de los siglos. Pero sigo siendo el Gato que camina solo y a quien no le importa estar aquí o allá.

Entonces la Mujer se enfadó mucho, muchísimo, se soltó el pelo, echó más leña al fuego, sacó la ancha paletilla de cordero y comenzó a hacer un conjuro que le impediría elogiar al Gato por tercera vez. No fue un Conjuro Cantado, querido mío, sino un Conjuro Silencioso; y, poco a poco, en la cueva se hizo un silencio tan profundo que un Ratoncito diminuto salió sigilosamente de un rincón y echó a correr por el suelo.

- Oh, enemiga mía, esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo - dijo el Gato - , ¿forma parte de tu conjuro ese Ratoncito?

- No - repuso la Mujer, y, tirando la paletilla al suelo, se encaramó a un escabel que había frente al fuego y se apresuró a recoger su melena en una trenza por miedo a que el Ratoncito trepara por ella.

- ¡Ah! - exclamó el Gato, muy atento - , entonces ¿el Ratón no me sentará mal si me lo zampo?

- No - contestó la Mujer, trenzándose el pelo - ; zámpatelo ahora mismo y te quedaré eternamente agradecida.

El Gato dio un salto y cayó sobre el Ratón.

- Un millón de gracias, oh, Gato - dijo la Mujer - . Ni siquiera Primer Amigo es lo bastante rápido para atrapar Ratoncitos como tú lo has hecho. Debes de ser muy inteligente.

En ese preciso instante, querido mío, el cántaro de leche que estaba junto al fuego se partió en dos pedazos... ¿Cómo así?... porque recordaba el trato, y cuando la Mujer bajó del escabel... ¡hete aquí que el Gato estaba bebiendo a lametazos la leche blanca y tibia que quedaba en uno de los pedazos rotos!

- Oh, enemiga mía, esposa de mi enemigo y madre de mi enemigo - dijo el Gato - , aquí me tienes, porque me has elogiado por tercera vez y ahora podré beber leche blanca y tibia tres veces al día por los siglos de los siglos. Pero sigo siendo el Gato que camina solo y a quien no le importa estar aquí o allá.

Entonces la Mujer rompió a reír, puso delante del Gato un cuenco de leche blanca y tibia y comentó:

- Oh, Gato, eres tan inteligente como un Hombre, pero recuerda que ni el Hombre ni el Perro han participado en el trato y no sé qué harán cuando regresen a casa.

- ¿Y a mi qué más me da? - exclamó el Gato - . Mientras tenga un lugar reservado junto al fuego y leche para beber tres veces al día me da igual lo que puedan hacer el Hombre o el Perro.

Aquella noche, cuando el Hombre y el Perro entraron en la cueva, la Mujer les contó de cabo a rabo la historia del acuerdo, y el Hombre dijo:

- Está bien, pero el Gato no ha llegado a ningún acuerdo conmigo ni con los Hombres cabales que me sucederán.

Se quitó las dos botas de cuero, cogió su pequeña hacha de piedra (y ya suman tres) y fue a buscar un trozo de madera y su cuchillo de hueso (y ya suman cinco), y colocando en fila todos los objetos, prosiguió:

- Ahora vamos a hacer un trato. Si cuando estás en la cueva no atrapas Ratones por los siglos de los siglos, arrojaré contra ti estos cinco objetos siempre que te vea y todos los Hombres cabales que me sucedan harán lo mismo.

- Ah - dijo la Mujer, muy atenta - . Este Gato es muy - listo, pero no tan listo como mi Hombre.

El Gato contó los cinco objetos (todos parecían muy contundentes) y dijo:

- Atraparé Ratones cuando esté en la cueva por los siglos de los siglos, pero sigo siendo el Gato que camina solo y a quien no le importa estar aquí o allá.

- No será así mientras yo esté cerca - concluyó el Hombre - . Si no hubieras dicho eso, habría guardado estas cosas (por los siglos de los siglos), pero ahora voy arrojar contra ti mis dos botas y mi pequeña hacha de piedra (y ya suman tres) siempre que tropiece contigo, y lo mismo harán todos los Hombres cabales que me sucedan.

- Espera un momento - terció el Perro - , yo todavía no he llegado a un acuerdo con él - sentóse en el suelo, lanzando terribles gruñidos y enseñando los dientes, y prosiguió - : Si no te portas bien con el Bebé por los siglos de los siglos mientras yo esté en la cueva, te perseguiré hasta atraptarte, y cuando te coja te morderé, y lo mismo harán todos los Perros cabales que me sucedan.

- ¡Ah! - exclamó la Mujer; que estaba escuchando - . Este Gato es muy listo, pero no es tan listo como el Perro.

El Gato contó los dientes del Perro (todos parecían muy afilados) y dijo:

- Me portaré bien con el Bebé mientras esté en la cueva por los siglos de los siglos, siempre que no me tire del rabo con demasiada fuerza. Pero sigo siendo el Gato que camina solo y a quien no le importa estar aquí o allá.

- No será así mientras yo esté cerca - dijo el Perro - . Si no hubieras dicho eso, habría cerrado la boca por los siglos de los siglos, pero ahora pienso perseguirte y hacerte trepar a los árboles siempre que te vea, y lo mismo harán los Perros cabales que me sucedan.

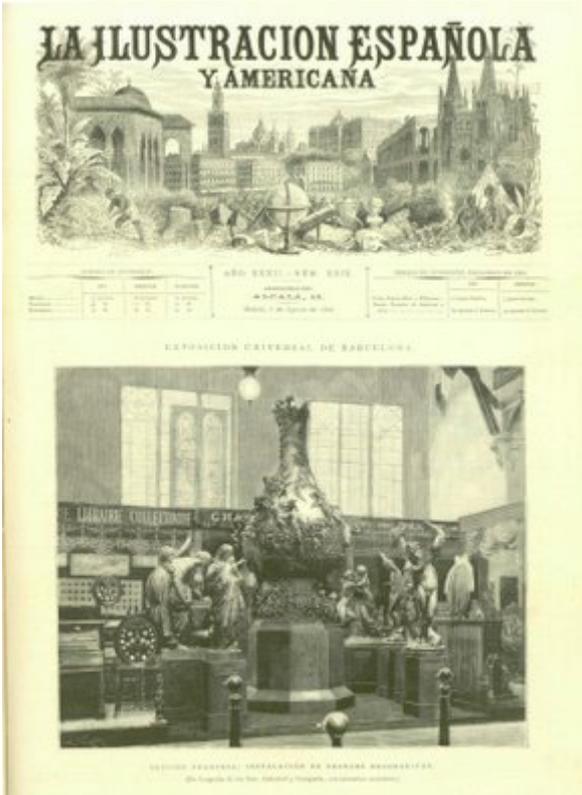
A continuación, el Hombre arrojó contra el Gato sus dos botas y su pequeña hacha de piedra (que suman tres), y el Gato salió corriendo de la cueva perseguido por el Perro, que lo obligó a trepar a un árbol; y desde entonces, querido mío, tres de cada cinco Hombres cabales siempre han arrojado objetos contra el Gato cuando se topaban con él y todos los Perros cabales lo han perseguido, obligándolo a trepar a los árboles. Pero el Gato también ha cumplido su parte del trato. Ha matado Ratones y se ha portado bien con los Bebés mientras estaba en casa, siempre que no le tirasen del rabo con demasiada fuerza. Pero una vez cumplidas sus obligaciones y en sus ratos libres, es el Gato que camina solo y a quien no le importa estar aquí o allá, y si miras por la ventana de noche, lo verás meneando su salvaje rabo y andando sin más compañía que su salvaje soledad... como siempre lo ha hecho.

\* \* \*

RUDYARD KIPLING

## **El Gato de Casa**

A continuación adjunto un pequeño artículo de la revista *La Ilustración Española y Americana*. En su boletín número 29 podemos hacernos una idea del concepto que se tenía en el año 1888 sobre el gato hogareño, sus funciones y beneficios para la familia y la sociedad. El artículo se remata con una historia macabra y de misterio, muy del gusto de la época.



**EL GATO DE CASA**

Es como quien dice: una "persona" de la familia. Pregunten ustedes a los nenes, y se convencerán de que el minino es un ser importantísimo en la organización del hogar doméstico.

Para las mujeres, es la garantía contra los ratones, enemigos formidables, destructores de la casa y de la tranquilidad del país.

**ROWLANDS' KALYDOR**

LA ALEGRIA DE VIVIR.

OBRA NUEVA.

## EL GATO DE CASA

Es como quien dice: una "persona" de la familia. Pregunten ustedes a los nenes, y se convencerán de que el minino es un ser importantísimo en la organización del hogar doméstico.

Para las mujeres, es la garantía contra los ratones, enemigos formidables, destructores de la casa y de la tranquilidad del país.

Para los niños, el gato es el amigo de confianza que se presta lo mismo a hacer de persona que de caballería para conducir algún muñeco en los lomos o para el arrastre de algún coche o carro de juguete.

Una vez es un caballero que invita a su amigo el niño de la casa, otra vez un parroquiano que va a la barbería para que le afeiten.

Si no fuera tan prudente como es, pudiera publicar secretos de sus amos y de los criados de sus amos.

Todo lo ve, pero hace como que no se entera.

Finge que se lava la cara, y se arregla para estar limpio y tratable, o se hace el dormido para oír las conversaciones de unos y de otros.

Conoce a sus amigos y a sus enemigos, y sabe perfectamente si la cocinera le tiene buena voluntad, o si puede esperar de ella un atentado.

Los niños tratan a los gatos así como a ellos les tratan sus padres.

- Estate quieto, Fulanito, que vas a tirar eso... que vas a caer.

- Estate quieto, minino, que te vas a lastimar.

Y les exigen palabra de gato o promesa formal de ser buenos en adelante para librarse del castigo.

Es indudable que el gato, a pesar de su vida arreglada y de su apariencia de infeliz, tiene algo de diabólico.

Cuando en la sombra ven el brillo de aquellos ojos que parecen dos luces fosfóricas o dos lámparas incandescentes, lo primero que se ocurre a los nenes es esta pregunta:

- ¿Qué llevará ese gato dentro?

Añadiendo a este fenómeno físico el de las descargas eléctricas, visibles también en la sombra, producidas por el frotamiento de un gato; y sumando las consejas que dan a los individuos de la raza felina caracteres sobrenaturales y misteriosos, no es extraño que el gato sea un personaje importantísimo en la familia.

"Un gato negro es animal de buen agüero".

Así lo afirma el vulgo.

"Para curarse las viruelas, no hay como pasarse un gato o una gata por la cara y por el cuerpo, aprovechando, por supuesto, el lado de las uñas del animal".

En la lotería por irradiación es infalible la influencia del gato para acertar el final que ha de salir premiado.

Se coloca encima de una mesa un gato y las diez bolas desde 1 hasta 0 inclusive; se echan a rodar las diez bolas, y la que persiga el gato, aquella es la terminación afortunada.

No divulguen ustedes esta receta, porque perjudicaría a la Hacienda y pudiera comprometerme.

El gato presta servicios importantísimos en algunos establecimientos comerciales y en varias oficinas del Estado.

En los primeros, para poner coto a la gula de los ratones; en las segundas, para mantener la integridad del archivo, comprometida por el engrudo, que tan apreciable golosina es para las ratas auténticas.

El gato es una necesidad casera.

Yo los miro con prevención.

He presenciado, o mejor dicho, he sido actor en un drama casi trágico, y el recuerdo no se borra de mi memoria.

Vivíamos en Calatayud, en la casa del Duende. Éramos forasteros y habíamos alquilado aquel edificio para vivir con independencia cuatro amigos con nuestros cuatro ordenanzas.

Una pobre mujer, con un hijo semitonto y una hija al poco más o menos, se encargó de cuidarnos.

- Han tenido ustedes mal gusto. nos dijo la patrona- en alquilar este casarón: tiene mala fama.

- ¿Por qué?

- Porque dicen que está embrujado: le llaman la "Casa del Duende".

Nos divirtió la advertencia de la patrona, advertencia que nos repitieron varias personas.

- ¡La casa del Duende!

- Es una diablura haberse metido en ella.

- Ha estado desalquilada desde que murió la señora que ocupaba el piso principal. De esto hace ya un siglo.

- ¿Vivía en esa casa una señora?...

- Hermosísima, viuda de un indiano y sola con una criada: y en el piso bajo un extranjero a quien la señora cedió esa parte de la casa por lástima. Allí vivió con su mujer y dos hijos, y ahí murieron todos: primeramente la señora, y luego el extranjero y los suyos: pero vamos, así, a modo de magia, y sin saberse siquiera que estuviesen enfermos.

- Luego, en las altas horas de la noche, no hay quien pueda descansar en esas habitaciones; tal es el ruido infernal que se oye.

Claro que no paramos mientes en tales consejas, y amueblamos la casa.

Tenía algo de sombrío y de triste, pero lo atribuimos a su situación en una plaza de escaso tránsito.

La primera noche pasó bien.

A la segunda empezaron los sobresaltos.

La patrona juraba haber oído y aún haber visto a su difunto, que era salmista de Jaca cuando andaba por el mundo.

Quedaron en la noche siguiente los ordenanzas en guardia.

Aquello fue una juerga diabólica. En el piso último, que era una especie de desván de la casa, parecía que rodaban trenes de artillería.

Cuando los ordenanzas penetraban sable en mano en el desván, todo quedaba en silencio, y solamente se veía la última cabriola de algún trasto viejo, que algunos había allí-

De los ordenanzas pasó la guardia a nosotros.

Desconfiábamos mutuamente, y ya no era posible vivir en la casa.

Pero una noche se aclaró el misterio y terminó la novela.

Había dado uno de los ordenanzas en perseguir un gato robusto que vió un día en la escalera.

El pícaro mozo se parecía por un buen arroz con maullidos, vamos, con gato.

Observó que penetraba en la casa por el tejado aquel animalito, y puso una trampa en cada boquete del desván.

Pocas horas después teníamos en nuestro poder a los criminales, que eran varios.

Seis gatos como seis borregos cayeron en las trampas.

¡Pobres animales!

¡Qué fin les dieron aquellos desalmados de ordenanzas!

Diversos guisos.

Desde entonces volvió la paz a la casa del Duende.

EDUARDO PALACIO.

## **El Castillo de la Gata Blanca.**

El anciano rey de un remoto país se resistía a abandonar el trono, pero prometió dejárselo a aquel de sus tres hijos que le trajera, en el plazo de un año, el perro más pequeño y más bonito del mundo.

El hijo más joven, montado en su caballo Diamante Negro, lo buscó por todas partes y por último se encontró en una tierra agreste y extraña, donde le sorprendió una terrible tormenta. Pero el caballo consiguió abrirse camino a través de la tormenta, hasta llegar a un castillo en el que cada ventana brillaba como mismo sol, y donde se oía una música tan dulce que hasta los truenos callaron.

El príncipe hizo sonar la campana de la puerta, tirando de una cadena de diamantes, e inmediatamente sintió que manos invisibles le hacían entrar al patio del castillo. Las manos invisibles condujeron al caballo a los establos e hicieron entrar al príncipe en el castillo, donde le quitaron sus ropas mojadas, le vistieron con un espléndido traje y le sirvieron un suntuoso banquete. Comió con gran apetito y se disponía a beber vino en una copa de cristal, cuando entró en la habitación una hermosa gata blanca. Un velo plateado le colgaba a la espalda, y el resto de sus ropas indicaba que se trataba de una gata de alta alcurnia. Al entrar, caminaba con tanta dignidad, que el príncipe se levantó a saludarla.

La gata se sentó en un cojín de tela dorada y escuchó la historia del príncipe. Luego le invitó a beber vino de la copa de cristal. El príncipe obedeció y al instante olvidó todo lo referente a su búsqueda. Durante casi un año permaneció con la gata blanca en su magnífico castillo, y las manos invisibles atendían todas sus necesidades. De día salía a cabalgar en Diamante Negro, con la gata a su lado montada en un mono blanco, y por las noches ella le cantaba canciones con la voz más dulce que se pueda imaginar. Cuando estaba a punto de cumplirse un año, ella le recordó su empresa y le dio una bellota para que se la diera a su padre. El príncipe se rió de la idea de un perro tan pequeño como para caber en una bellota, pero al abrirla en la corte de su padre, salió de ella el perro más pequeño del mundo, dando agudos ladridos.

Decidido a mantenerse en el trono, el rey envió a sus hijos a buscar una gasa tan fina que pasara por el ojo de una aguja.

El príncipe volvió a montar en Diamante Negro y regresó al castillo de la Gata Blanca, que le pareció aún más hermoso y brillante que antes. Una vez más, bebió vino en la copa de cristal y pasó casi un año con la gata. Cuando llegó casi el momento de partir, la gata le entregó una nuez. Dentro de la nuez había una avellana, y dentro de la avellana un grano de trigo, y dentro del grano de trigo un grano de mijo, y en el interior del grano de mijo había un tira de gasa tan fina que podía deslizarse sin dificultad por el ojo de una aguja.

El rey no pudo negar que el príncipe había triunfado en las dos pruebas, pero aún maquinó una última condición para sus hijos. El trono sería para aquel que regresara con la novia más hermosa.

Una vez más, el príncipe volvió al castillo de la Gata Blanca, y al aproximarse vio que la ventanas brillaban con la luz más viva que jamás había visto. De las almenas se lanzaron fuegos artificiales, y las flores del patio interior volaron a sus pies para servirle

de

alfombra.

Como de costumbre, las manos invisibles se encargaron de él y de su caballo y le sirvieron un banquete. La Gata Blanca acudió a darle la bienvenida. Al príncipe le pareció más hermosa que nunca, pero cuando le contó que esta vez buscaba una novia, la Gata suspiró tristemente. No obstante, le invitó a beber una vez más, y de nuevo pasaron juntos casi un año juntos.

Cuando se acercó el momento de la partida, la Gata le hizo prometer que le haría un favor. Él aceptó inmediatamente, pero quedó horrorizado cuando ella le pidió que le cortase la cabeza.

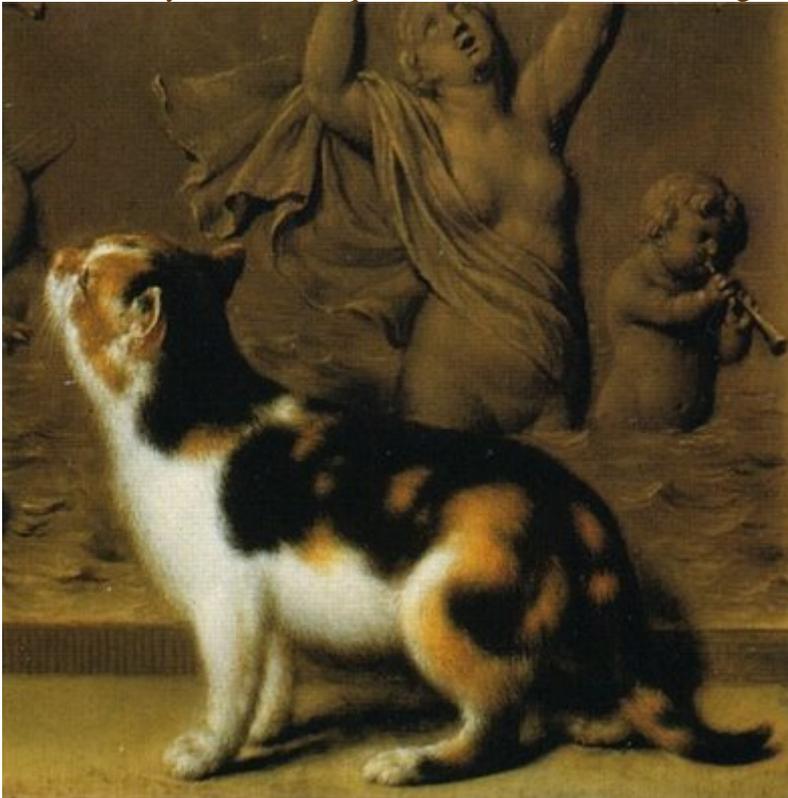
“¡Nunca!” – protestó- “¡Nunca! ¡Pues te amo más que a cualquier mujer!” Pero ella insistió en que cumpliera su promesa, y con gran dolor el príncipe desenvainó su espada y le cortó la cabeza. Al punto se transformó en la muchacha más hermosa del mundo, y todos sus sirvientes cobraron forma humana. Entonces le contó que un maligno brujo la había hechizado, pero que ahora el hechizo estaba roto y podría volver a ser reina de su propio país. Y el príncipe nunca regresó a la corte de su padre. Vivieron felices el resto de sus días como rey y reina del Castillo de la Gata Blanca.



PAGE, M. E INGPEN, R. Enciclopedia de las cosas que nunca existieron. Ed. Anaya, Madrid, 1986.

## Las gatas tortuga

Cuenta la leyenda que, hace varios siglos, el Sol le suplicó a la Luna que le tapara un rato, que le diera una coartada para ausentarse del cielo, para bajar a la Tierra y ser libre, aunque sólo fuera un momento. El Sol quería dejar de ser el centro del Universo, quería que nadie se diera cuenta de su presencia, pasar inadvertido para sentirse liberado de tanta presión. La Luna, ante tanta súplica, accedió, y un día de junio cuando el sol más brillaba, la Luna se acercó al Sol, y le fue cubriendo, poco a poco, para que a los mortales no les sorprendiera de golpe la oscuridad. El Sol, que desde lo alto hacía millones de años que observaba la faz de la Tierra, no lo dudó, para sentirse libre y pasar desapercibido se hizo corpóreo en el ser más perfecto, rápido y discreto que había; una gata negra. La Luna, perezosa, enseguida se sintió cansada, y sin avisar a su amigo Sol, se fue apartando. Cuando Sol se dió cuenta ya era demasiado tarde, salió corriendo hacia el Cielo, y tan rápido huyó, que se dejó en su morada momentánea parte de él; cientos de rayos de Sol se quedaron dentro de la Gata Negra.



Detalle de "Mujer y pescadero en una cocina" de Willem van Mieris

Así es como nacieron las gatas carey, pues todas las que ahora viven con nosotras son hijas de la Gata Negra primigenia. Sus mantos oscuros se verán rotos eternamente por cientos de rayos rojos, amarillos y naranjas. Este origen solar les otorgará siempre propiedades mágicas, ya que atraen la buena suerte y las energías positivas.

## El verdadero nombre del gato

La familia Chi-Yen tenía un gato maravilloso. Debido a que el señor Chi-Yen tenía al gato en tan alto aprecio, pensó llamarlo Tigre. Un vecino hizo notar: "El tigre es en verdad una feroz criatura, pero no es tan místico o cósmico como el dragón. Los gatos son místicos y cósmicos. Deberías cambiar su nombre a Dragón". Otro vecino miró al gato y dijo: "Sin duda el dragón es más místico que el tigre. Cuando vuela en el aire más alto, descansa sobre una nube. Esto seguramente significa que una nube es más poderosa que el dragón. Deberías cambiar su nombre a Nube". Pero los otros vecinos no estaban de acuerdo. Estaban dispuestos a añadir sus puntos de vista acerca del verdadero nombre del gato del señor Chi-Yen. Uno dijo: "Cuando las nubes oscuras se apoderan del firmamento, ¿quién las disipa? El viento. Deberías cambiar el nombre del gato a Viento". Un segundo vecino intercaló: "Desde luego, el viento es poderoso, pero cuando se alza una tormenta de viento, ¿dónde buscamos refugio? Tras los muros de nuestra casa. Los muros rechazan la furia del viento. De acuerdo con ello, deberías cambiar el nombre del gato por el de Muro". "No, no, no", dijo otro. "Por supuesto, los muros son fuertes, nadie dice que no lo son, pero ni siquiera el muro más fuerte puede resistir los dientes roedores de la rata. Con seguridad el gato se debe llamar Rata".

El señor Chi-Yen, que había estado escuchando con paciencia a todos sus vecinos, se puso de pie de repente cuando oyó ésto. "¡Desde luego! Ahora comprendo por qué el gato se llama Gato".



Gato, por Shen Chou, siglo XV

## El gato con botas o el pícaro recompensado



Si la función de los cuentos populares es instruir deleitando, educar a los niños en las buenas costumbres y prepararlos para superar las adversidades, El gato con botas es un tanto extraño. La conclusión que se desprende de esta historia –que narra cómo un gato consigue que su dueño se eleve socialmente– es que el engaño, la mentira, las amenazas, la falsedad y las apariencias son las cualidades que sirven para triunfar en la vida y alcanzar ese final feliz casi inherente a todo cuento.

Algunos dirán que lo que nos propone el texto de Perrault es que uno no ha de quejarse de su suerte ni desesperar tan pronto con lo que se tiene, pero esa interpretación tan limitada es una manera de enmascarar la esencia de la historia. El cuento se enmarca no tanto en la línea de la novela picaresca (que tiene sus propias reglas) como en la del pícaro que mediante la manipulación de la realidad consigue sus objetivos, que aquí no son otros que mejorar de condición. Nada hay reprobable en luchar por una vida mejor y, de hecho, así lo vemos en muchos relatos de Las mil y una noches. Lo censurable es el método.



El gato con botas es un cuento donde se puede ver que la impostura y la estafa continuada triunfan hasta el final. George Cruikshank, el ilustrador victoriano de *El Quijote* y de tantos libros de Dickens, no se podía creer que aquello fuese un cuento para niños. No extraña que a Perrault se le acusara de “corromper a la juventud” con este cuento, por más que intentase disimular su contenido con dos moralejas tan absurdas que resultan disparatadas. Una de ellas nos dice que “del talento y la inventiva se obtiene más provecho que de la posición”, pero debe de tratarse del talento embaucador.

La otra tampoco es muy edificante: “Vestir con esmero, ser joven, atractivo y atento no es ajeno a la seducción”. Es decir, que lo que importa es la apariencia externa y las posesiones; de hecho, la princesa se enamora del molinero porque le considera un elegante, rico y muy poderoso príncipe. Comprobamos que los valores espirituales –eso de que lo esencial es invisible a los ojos– aquí ni se mencionan. El gato con botas se inscribe en esa línea de cuentos de animales que mediante su ingenio hacen fortuna o ayudan a triunfar a sus amos. Es, por lo tanto, un cuento universal, aunque la versión más conocida y ya fijada en nuestra memoria es la de Perrault, de 1697.

Existen dos precedentes literarios anteriores: en 1553, Gianfrancesco Straparola publicó en Venecia *Las noches deliciosas*, un volumen que recoge historias que había escuchado de labios de gente del pueblo. Entre ellas, una muy parecida a nuestro gato con botas, que pudo ser conocida por Perrault, pues se tradujo al francés en su época. En Nápoles, se publicó posteriormente el tan citado *Pentamerón* de Giambattista Basile, donde uno de los relatos se titula *El gato*.



La historia, que guarda cierto paralelismo con el argumento de Perrault, tiene dos significativas diferencias, esto es, la forma como le llegan las riquezas al joven y el final de Basile: el amo había jurado al gato que, a su muerte, sus restos reposarían en un sarcófago de oro; para probar su palabra, el animal se finge muerto y observa que su amo no sólo se burla de él sino que manda que arrojen el cadáver por la ventana. Indignado, el gato se escabulle, dándose cuenta de que de desagradecidos está el mundo lleno.

Si analizamos el cuento de Perrault, comprobamos que no hay nada ejemplar: el molinero reparte su herencia entre sus tres hijos. Al primero le deja el molino; al segundo, el burro, y al menor –nuestro personaje–, el gato. El joven envidia a sus hermanos, se lamenta de su suerte y teme morir de hambre en cuanto se zampe su mísera posesión. El animal aguza su ingenio para salvar la vida y le demuestra a su dueño que le puede ser muy útil. Así, vemos que caza conejos y perdices y, durante dos o tres meses, se las ofrece al rey en nombre de su amo, al que llama el marqués de Carabás.

Cuando el rey sale a pasear con su bella hija, el gato sugiere al hijo del molinero que se meta en el río y luego le dice al monarca que unos ladrones han robado los ropajes de su señor mientras se bañaba. El rey, lógicamente, le entrega uno de sus mejores trajes, y la princesa se queda encantada con la buena planta del joven: limpio y bien compuesto. Si le hubiese visto con sus ropas plebeyas ni siquiera se hubiese dignado a mirarlo. El engaño les ayuda a triunfar y las apariencias lo son todo, incluso para las damas sensibles. Tanto es así que la princesa se queda locamente enamorada del marqués de Carabás sin que éste hubiese abierto la boca.



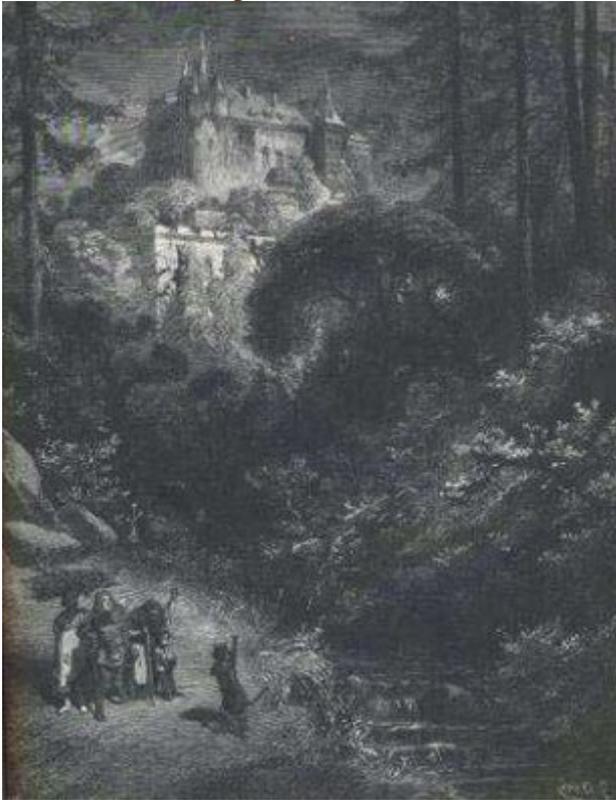
Mientras van los tres en la carroza, el gato se adelanta a ellos, se topa con unos campesinos y les advierte: “Si no decís al rey que este prado pertenece al marqués de Carabás, os matarán y os harán picadillo”. El rey pasa por allí, pregunta y ya sabemos lo que contestan los atemorizados trabajadores. Estos engaños y amenazas se repiten después en todas las tierras y con todos los siervos que el gato encuentra en su paseo, y ya, para poner la guinda al cuento, el gato llega hasta un hermoso castillo y solicita hablar con su dueño, que no es otro que un ogro torpón y feroz. Éste bien pudiera representar al señor feudal, más poderoso, a veces, que el mismo rey del que era vasallo.

O puede que, simplemente, el cuento necesitara de un personaje intrínsecamente malo para intentar justificar las estafas y perversiones del gato, ya que robar a un ladrón o acabar con un asesino parece menos reprobable éticamente. Y al final el gato, ya lo sabemos, consigue engañar a ese ogro que tenía la capacidad de convertirse en cualquier tipo de animal. Halagando su vanidad, logra que se transforme en ratón y, en un abrir y cerrar de ojos, salta sobre él y lo devora.

En el castillo se había preparado un succulento festín para los amigos del ogro, que son tan fieros como él, pero ninguno de ellos se atreve a cruzar la puerta al saber que el rey está dentro. El monarca, admirado con las cualidades del marqués de Carabás (es decir, sus productivas tierras y el hermoso castillo) le dice, una vez que ha bebido cinco o seis copas, que puede tomar en matrimonio a su hija. Y ese mismo día, el antiguo hijo del molinero se casa con la princesa. Debieron ser felices y el gato se convirtió en un gran señor.

El cuento, como historia narrativa, presenta lagunas de coherencia y verosimilitud y,

como ejemplo moral, resulta increíble. Los que le buscan valores se agarran a un clavo ardiendo y nos dicen que el cuento promueve la amistad (en realidad es supervivencia o vasallaje), la iniciativa (que sólo la toma el gato) o la astucia, un valor que será bueno o malo dependiendo de cómo se emplee.



Algunos pensamos que “El gato con botas” es una excepción en los cuentos de antaño, una broma que se permitió Perrault, su pequeño testamento mundano, aunque se basara en un relato oral ya existente, y donde se aprecia bien esa ironía a la que tan aficionado era en sus largos y desfasados poemas. Y es el único de sus ocho relatos que no se inicia con el famoso “Érase una vez...”, sino con “Un molinero dejó por toda herencia a sus tres hijos un molino, un asno y un gato”. Es más, la frase que sigue a este comienzo no tiene nada que ver con la tradición oral, sino con su experiencia social: “El reparto se hizo enseguida sin llamar al notario ni al procurador, que se hubiesen comido todo el pobre patrimonio...”.

En el fondo, El gato con botas no es un cuento de hadas, ni siquiera una fábula, sino que es, más bien, una especie de manual (narrativo) de cómo hacer carrera en la corte de Luis XIV: la adulación, el engaño, las apariencias, la planificación minuciosa, la manipulación continua de la realidad y de uno mismo son ingredientes esenciales para ascender en los salones versallescios. Perrault lo conocía bien, ya que él mismo empleó estas armas para trepar y labrarse un porvenir en la Francia de su tiempo.

Artículo de [José María Plaza](#)

- Si quieres conocer el cuento, pincha [aquí](#)